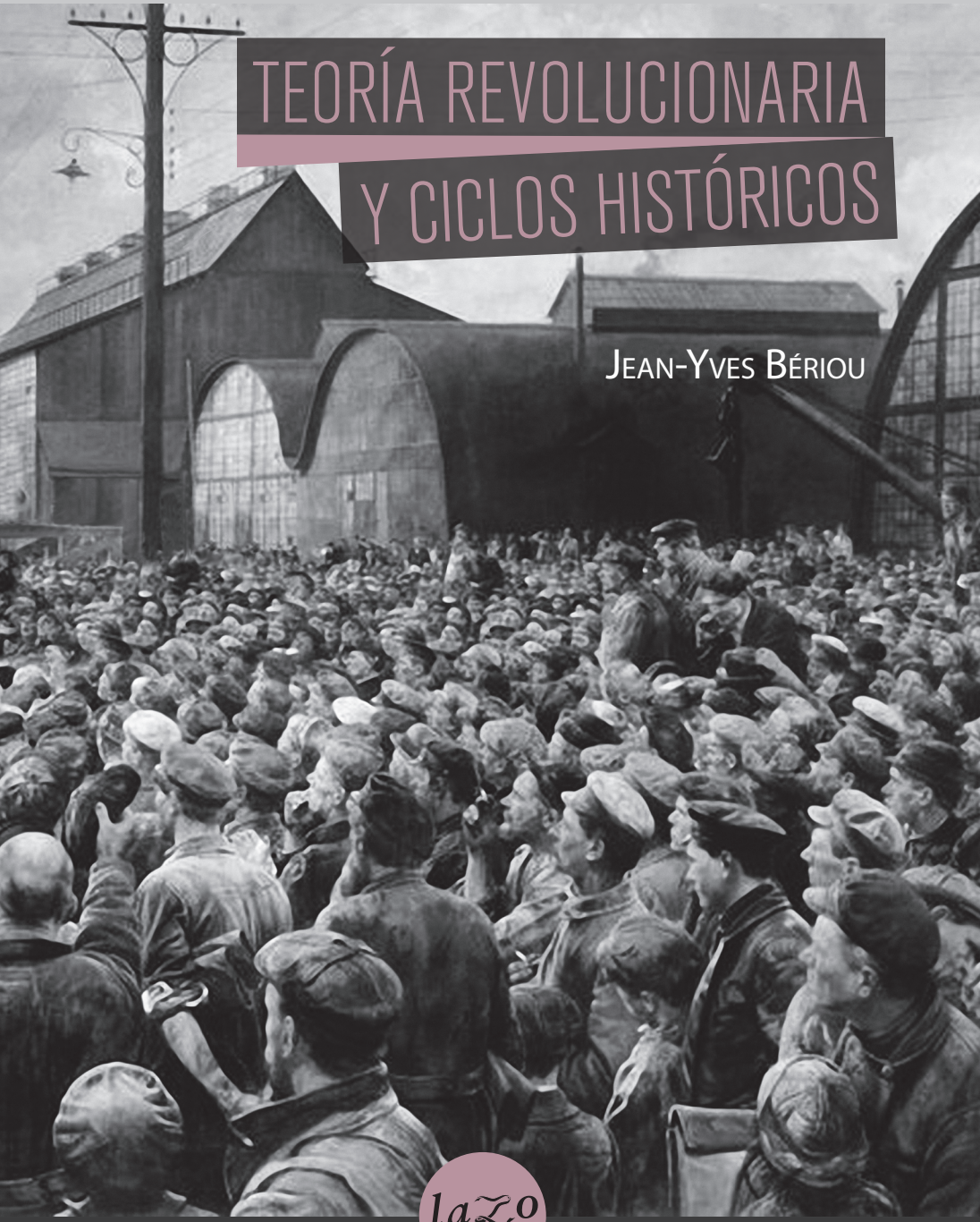
TEORÍA REVOLUCIONARIA Y CICLOS HISTÓRICOS

JEAN-YVES BÉRIOU



laZo ediciones

Teoría revolucionaria y ciclos históricos

Lazo Ediciones
Rosario, Argentina
lazo.ediciones@riseup.net – lazoediciones.blogspot.com

Teoría revolucionaria y ciclos históricos
Autor: Jean–Yves Bériou
Traducción: Federico Corriente

Primera edición: mayo de 2023
104 p. – 206 × 146 mm
ISBN 978-987-48023-5-4

Teoría revolucionaria y ciclos históricos

Jean-Yves Bériou

laZo
ediciones

Prólogo

De la afirmación del proletariado a la posibilidad de su abolición

La historia de la lucha de clases en el modo de producción capitalista reviste un particular interés para quienes abogan por una superación revolucionaria. Su estudio y balance forman parte indispensable de la reflexión teórica comunista, pero existe un vicio frecuente de buscar en el pasado una confirmación de conclusiones presentes o recientes. Si bien las luchas actuales nos constituyen y es la propia experiencia y su autocomprensión la que dialoga con las luchas pasadas y sus respectivas teorizaciones, este diálogo debe atender una cuestión fundamental que estructura este libro: la relación entre teoría revolucionaria y ciclos históricos.

Ríos de tinta han corrido acerca de la vinculación entre teoría y práctica del proletariado, Marx y Bakunin en la Iª Internacional, sus debates en torno a la Comuna de París, la disputa entre marxismo y anarquismo, el anarco-comunismo y el socialismo revolucionario, la socialdemocracia, el programa comunista, la revolución y la contrarrevolución.

La originalidad de *Teoría revolucionaria y ciclos históricos* de Jean-Yves Bériou, atacando mitos fundantes acerca de las principales corrientes ideológicas constitutivas del movimiento proletario con citas, datos y sucesos reveladores, reside fundamentalmente en la noción de ciclo histórico, que es, al mismo tiempo, ciclo de acumulación y de luchas del proletariado.

De este modo, a partir de las transformaciones en la producción capitalista y su relación con las luchas del proletariado, diferenciando a su vez los períodos de revolución y contrarrevolución, Bériou se adentra en el pasado en un ejercicio de autocomprensión del presente. La pregunta no es únicamente acerca del porqué de la derrota, sino acerca del propio contenido de la revolución en cada ciclo, sus posibilidades, y el contenido de la contrarrevolución que surge en su respuesta.

Bériou escribe este texto en 1973 y señala: «Lo que permite comprender la revolución pasada, sacar lecciones de ella, teorizarla, es la reanudación actual». Se refiere a la reanudación de las luchas hacia fines de la década del 60 y principios de los 70 que dan inicio a un quiebre con la perspectiva de la lucha de clases vigente hasta ese momento y su respectiva comprensión de la revolución comunista. Hablamos de las luchas desatadas en países como Francia, Italia y Estados Unidos, donde se expresó abiertamente un rechazo al trabajo y a las organizaciones tradicionales del proletariado, no desarrollándose nuevas organizaciones masivas sobre esta base.

En estos países, donde este contenido de las luchas se expresó con mayor nitidez, comenzaron a producirse diversos desarrollos teóricos, tratando de comprenderlas y ponerlas en contexto. Allí también se produjeron profundas transformaciones sociales que se extenderían, con sus particularidades, a todo el planeta. Un desafío por delante, de la mano de estas contribuciones, es poder pensar la historia de esta región y la actualidad, las especificidades de su desarrollo económico, las luchas de las últimas décadas y en curso, y las posibilidades revolucionarias.*

Nos parece relevante, además de reseñar brevemente algunos aspectos centrales de *Teoría revolucionaria y ciclos históricos*, adentrarnos en la perspectiva en la que está enmarcado y la ruptura a la que dio

* Hay varios indicios al respecto en el prólogo de Federico Corriente al libro *De la ultraizquierda a la teoría de la comunización* del grupo Théorie Communiste (Lazo Ediciones, 2022).

lugar. Nos referimos a la perspectiva de la *autonegación del proletariado* y a la *teoría de la comunización*, paradigma del cual forman parte François Danel y el grupo Théorie Communiste quienes han rescatado este importante texto del olvido.

En el curso de las luchas de los 60 y 70 se produjeron una serie de rupturas teóricas que, a la vez que retomaron los aspectos centrales de la teoría revolucionaria puestos de manifiesto en los albores del modo de producción capitalista –sostenidos a contracorriente por expresiones anarco-comunistas y socialistas revolucionarias primero, y por las llamadas izquierdas comunistas italiana y germano-holandesa después–, abordaron sus límites y contribuyeron a delinear el contenido de la revolución comunista expresado como posibilidad en las luchas del proletariado en el ciclo actual.

Desde la perspectiva de la teoría de la comunización las luchas de fines de los 60 y principios de los 70 marcan el final de un ciclo –el agotamiento de una perspectiva de la lucha de clases que se denomina como programatismo– y la reestructuración capitalista que surge en su respuesta marca el inicio de uno nuevo. El artículo de Bériou se sitúa justo en medio de este proceso de declive del programatismo y es parte de las rupturas que aún se sitúan en dicho marco, pero que serán fundamentales para la comprensión del cambio de ciclo.

Con dichas luchas se pone en crisis una práctica y comprensión de la lucha de clases donde el proletariado debía afirmarse como clase para producir un proceso revolucionario. Debía imponerse frente a la clase burguesa, constituirse en clase dominante mediante una transición para luego abolir el capital, las clases sociales, y de este modo producir su autoabolición. Esta no es sino la versión radical de la revolución comunista como afirmación del proletariado en los albores del programa comunista hacia la década de 1840, que fue producido a partir de las experiencias de lucha de la época y la relación entre proletariado y capital en ese entonces. El anarco-comunismo, los socialistas revolucionarios, y luego las izquierdas comunistas italiana y germano-holandesa y sus grupos de influen-

cia, fueron quienes defendieron lo esencial de este programa a través de sucesivas contrarrevoluciones, no sin aportar conclusiones propias de cada periodo.

Decir que esa perspectiva comenzó a agotarse hacia fines de 1960 puede resultar alarmante, ya que lo que suele interpretarse respecto de aquella oleada de luchas es un resurgimiento de la perspectiva comunista que describimos, no su agotamiento. Llegaba finalmente la ruptura con las mediaciones impuestas sobre el proletariado que lo alejaban del objetivo comunista, con aquello denominado en general como socialdemocracia, con el crecimiento de la fuerza del proletariado al interior del modo de producción capitalista a través de su participación política, gestión de la producción, sindicatos, partidos, cooperativas, etc.

Evidentemente se trató de una reanudación de la lucha revolucionaria, pero bajo un contenido que aún no terminaba de romper con lo esencial de la perspectiva desarrollada hasta entonces. Esta ruptura se terminó de producir luego de la contrarrevolución que pesó sobre estas luchas, que consistió fundamentalmente en la reestructuración del modo de producción capitalista iniciada a mediados de la década del 70 en los países centrales. Un punto de partida fundamental para la ruptura fue la perspectiva de la autonegación del proletariado, de la que *Teoría revolucionaria y ciclos históricos* es un exponente teórico significativo.

En dicho contexto de luchas masivas sin afirmación de la clase, con la crítica de las organizaciones masivas vigentes y sin poder concretar unas nuevas, se produce esta teoría paradójica, donde el proletariado debía afirmarse para negarse a sí mismo y a todas las clases. De este modo, aparece la perspectiva de autonegación de proletariado, que dota de sentido al rechazo del trabajo expresado en las luchas y contrasta abiertamente con el viejo programa obrero. La teoría de la comunización señala que esta perspectiva pronto se mostrará insuficiente para comprender el contenido de la revolución comunista en el nuevo ciclo. Afirmarse para luego negarse implica todavía una

forma de transición, cuando lo que se empezaba a poner sobre la mesa era la inmediatez del proceso revolucionario (lo que significa ruptura y ausencia de mediaciones, no inmediatismo).

> «En el seno del antiguo ciclo de luchas, la autonegación del proletariado expresa la imposibilidad de un proceso continuo que conduzca de la defensa de la condición proletaria a la revolución. Si, como lo resumía la autonomía, el proletariado sólo podía ser revolucionario oponiéndose a lo que pudiera definirlo como clase del modo de producción capitalista, la revolución tenía que ser su autonegación. Naturalmente, el "rechazo del trabajo", los disturbios, los saqueos, las huelgas sin reivindicaciones, se convirtieron en la actividad por excelencia en la que poder basar esa autonegación.
>
> La lógica interna del concepto de autonegación apela a una dimensión humana del proletariado. Funciona transformando la dinámica de la relación contradictoria entre clases en una contradicción interna de uno de sus términos: el proletariado. Esta contradicción interna es, por un lado, su existencia de clase para el capital como fuerza de trabajo, y por el otro, su existencia para sí, la dimensión humana del proletariado. Al otorgar al proletariado una dimensión humana, la abolición de las clases se plantea como algo que existe en estado latente dentro de éste. Si el proletariado puede abolir las clases en el transcurso de la revolución es porque ya es en sí mismo la abolición de las clases… El proletariado negaría su posición como clase, revelaría así su humanidad y entonces sería revolucionario. De hecho, la clase ya no es más que la depositaria de una dinámica que preside el desenvolvimiento de la historia desde la noche de los tiempos (tendencia a la comunidad).
>
> En lugar de superar el programatismo, se volvía a quedar por debajo de él, sumidos en un hermoso eclecticismo teórico, y conservando al mismo tiempo la mecánica fundamental:

> la afirmación de una naturaleza revolucionaria del proletariado. Fue preciso pasar momentáneamente por aquello.» («Karl Marx y el fin de la filosofía clásica alemana», *Théorie Communiste* nro. 21, 2007)

Fue a partir de la contrarrevolución que surgió en respuesta a las luchas de este periodo, que la teoría de la comunización terminó de dar forma a una ruptura teórica –prácticamente desconocida en castellano– con este enfoque.* La contrarrevolución que referimos consistió principalmente, sobre la base de las derrotas proletarias, en la reestructuración capitalista iniciada a mediados de los 70, que se extendería a lo largo de los 80, y terminaría de completarse mundialmente en la década siguiente. Muy brevemente las características más conocidas: precarización y flexibilización del trabajo, globalización y deslocalización de los centros productivos, financiarización creciente de la economía en general afectando a la lógica de funcionamiento de la producción. Esta reestructuración del modo de producción capitalista significó el agotamiento definitivo del obrerismo, del programatismo, de lo que en Argentina podemos entender por clasismo, de la emancipación del trabajo y la afirmación del proletariado. Esto no debe confundirse con el fin de las clases sociales y de la lucha de clases, ni con una discusión acerca de los nuevos «sujetos», sino que se trata de una transformación en la reproducción capitalista, de la reproducción de la relación de clase entre capital y proletariado, un cambio en la manera en que se implican recíprocamente ambas reproducciones a través de la

* Cabe mencionar que el humanismo teórico sigue muy presente en ciclo actual, aunque bajo una forma diferente a la de la autonegación del proletariado. Théorie Communiste lo considera como una deriva teórica inherente a la posibilidad de la revolución como comunización, que no reside únicamente en el fracaso del programatismo, sino en la propia dinámica de luchas del ciclo actual. Al respecto ver el artículo citado y el apartado «Dinámica del ciclo de lucha actual: brechas y retorno de la humanidad» en *De la ultraizquierda a la teoría de la comunización*.

explotación, en las luchas que se producen y el contenido revolucionario que expresan como posibilidad. La teoría acompaña estas transformaciones y luchas, busca adelantarse, yendo generalmente por detrás.

Según la teoría de la comunización que estamos abordando, la revolución comunista significaría en adelante la abolición del capital y de todas las clases sociales, incluido el propio proletariado, que puede negarse a sí mismo y abolir sus fundamentos, que son el valor y el trabajo. La revolución se habría convertido en comunización, es decir, en una abolición sin transición del capital, en la creación de relaciones comunistas. En la revolución como comunización, el capital no es abolido para instaurar el comunismo, sino que es superado mediante la producción del comunismo (lo cual significa una ruptura y no debe confundirse con ningún cotidianismo gradualista o inmediatismo). Se trata de la aplicación de «medidas» directamente comunistas en el curso de la lucha revolucionaria: la abolición del Estado, el intercambio, la división del trabajo, todas las formas de propiedad, la extensión de la gratuidad como unificación de la actividad humana. Es decir, la abolición de las clases, de las esferas públicas y privadas y de la distinción de género.

Se podrá objetar que el programa revolucionario esbozado ya en el siglo XIX planteaba varios de los aspectos mencionados, pero eso no responde a la pregunta fundamental de por qué, en cada época, las expresiones masivas de lucha expresan un contenido determinado. ¿Por qué no fue posible llevar a cabo el programa revolucionario de la primera mitad de la década de 1840? ¿Por qué fue dejado de lado? De la mano de estas preguntas, podemos precisar también acerca de las diferencias entre los albores del movimiento proletario y el ciclo de luchas actual.

Para eso, como señala Bériou tenemos que atender a las expresiones de lucha en relación con las formas de explotación, y en este sentido incorpora las nociones de fases de dominación formal y real del valor, caracterizadas, respectivamente, por la predo-

minancia de la extracción absoluta y relativa de plusvalor. No ahondaremos sobre esto, pero remarcamos su importancia para quienes busquen indagar en la relación entre la reproducción del capital y la reproducción del proletariado, sus transformaciones y los ciclos de lucha.

Hasta ahora inédito en castellano, *Teoría revolucionaria y ciclos históricos* fue incluido en la antología *Rupture dans la théorie de la révolution, textes, 1965-1975* (Senonevero, 2003), donde son presentados algunos de los textos y sus respectivos autores (en su mayoría grupos) cuya intensa labor teórica, a través de discusiones, críticas y rupturas, dará lugar a la teoría de la comunización. Con Lazo Ediciones publicamos anteriormente dos de los textos que conforman dicha antología en el libro *Capitalismo y comunismo*: se trata de «El "renegado" Kautsky y su discípulo Lenin» y otro que da nombre al libro, ambos de Gilles Dauvé. En esta ocasión, publicamos también un extracto del prefacio de François Danel, quien realizó la compilación, titulado «La producción de la ruptura», que refiere al artículo de Bériou, no exento de críticas.

Allí Danel precisa que el texto ofrece «una visión de conjunto coherente del "viejo movimiento obrero" desde la perspectiva de la autonegación del proletariado». Dicha perspectiva, de la que la Internacional Situacionista fue el exponente más relevante, se generalizó en los medios de la ultraizquierda en la década del 70, siendo desarrollada por el grupo en torno a la revista *Négation* (1972-1974) del que Bériou formó parte.

Para quienes deseen profundizar en estos avatares de la teoría, que son producto del paso del anterior ciclo de luchas al actual, recomendamos el libro *De la ultraizquierda a la teoría de la comunización* del grupo Théorie Communiste (Lazo Ediciones, 2022), así como también diversos artículos disponibles en la biblioteca virtual de la revista *Cuadernos de Negación*. Entre ellos destacamos el prefacio antes mencionado «La producción de la ruptura», «El proletariado como destructor del trabajo» del grupo Négation, presentado por

Federico Corriente, y «La revolución proletaria (1848-1914)» de Théorie Communiste.

Uno de los aspectos distintivos de la producción teórica de Négation es su voluntad de superar la oposición entre marxismo y anarquismo, teniendo por resultado en la obra de Bériou un clarificador ajuste de cuentas con ambas ideologías. Se trata de una búsqueda compartida desde esta editorial y los demás proyectos de los que formamos parte, poniendo por delante de las tradiciones y las etiquetas la comprensión de la teoría y práctica del proletariado. Otro aspecto relevante de la producción de este grupo, cuyo interés también compartimos debido a su puesta de relieve cada vez más aguda por los cambios sociales y luchas en la época actual, es el análisis crítico de determinadas instituciones y funciones de la reproducción capitalista más allá de la esfera de la producción: la crisis de la familia, la problemática del aborto, la violencia social, la educación, etc. Esto lo realizan sin perder de vista la dinámica esencial de extracción de plusvalor y sus transformaciones, problema frecuente en el abordaje de estos aspectos en los medios radicales y la academia. La irrupción de las luchas de mujeres desde la década del 70, poniendo en primer plano la reproducción de la fuerza de trabajo y la división sexual necesaria para esta, han posibilitado la crítica radical de la naturalización y esencialización de *ser mujer*. De este modo, la cuestión de género se ha convertido en un tema central en la teoría de la comunización, y la abolición de la distinción de género se ha revelado como inseparable de la abolición de las clases en la lucha revolucionaria.

Retomando el primer aspecto, Bériou subraya dos puntos fundamentales: la producción de la teoría comunista como autocomprensión del movimiento proletario, y el significado histórico de la oposición entre el partido de Marx y el de Bakunin.

En este sentido, cabe mencionar que *Teoría revolucionaria y ciclos históricos* fue publicado originalmente como epílogo del libro de Ferdinand Domela Nieuwenhuis, *Le socialisme en danger* (1894), por

Éditions Payot en la colección « Critique de la politique » (1975). Como podrá apreciarse, el texto de Bériou puede leerse independientemente del relevante artículo de Nieuwenhuis, pero nos parece importante rescatar brevemente la historia de este último.

Domela Nieuwenhuis (1846-1919) fue un notable socialista de los Países Bajos, con influencia a nivel internacional. Pastor luterano en su juventud, abandonó la iglesia a temprana edad, hacia fines de la década de 1870 y fundó la revista *Recht voor Allen*, desde la cual propugnó el socialismo y el rechazo a la guerra. En 1881 organizó en los Países Bajos la Liga Socialista. Con el fin de utilizar la tribuna parlamentaria para la propaganda obrera, fue el primer socialista en el parlamento holandés (1888-1891) y el único en ese momento. Tras dicha experiencia se convirtió en un ferviente antiparlamentario y defensor de la huelga general. En 1894 escribe *Le socialisme en danger* («El socialismo en peligro») donde realiza una contundente crítica a la socialdemocracia y su táctica parlamentaria. Allí termina diciendo: «Para nosotros la verdad está en el siguiente dicho: Hoy el robo es Dios, el parlamentarismo su profeta y el Estado su verdugo; por eso nos mantenemos en las filas de los socialistas libertarios, que no persiguen al diablo a través de Belcebú, el líder de los demonios, sino que van directo al grano, sin compromiso y sin hacer ofrendas en el altar de nuestra corrupta sociedad capitalista.»

En su intransigencia, terminará vinculado al movimiento anarquista de la época. En el Congreso de 1896 de la IIª Internacional, Nieuwenhuis se expresó contra la expulsión de los anarquistas, cuando aún no se había declarado explícitamente como tal: «Este congreso fue convocado como Congreso socialista general. En las invitaciones no se habló de los anarquistas ni de los socialdemócratas sino simplemente de socialistas y de sindicatos obreros. Pero nadie puede negar que hombres como Kropotkin, Reclús y toda la tendencia del anarquismo comunista sostienen principios socialistas. Excluirlos, equivale simplemente a admitir que el congreso

se pronunciará bajo la ilusión de hechos falsos». Fue crítico del sindicalismo e influyente en Pannekoek y la izquierda comunista germano-holandesa, también llamada consejista.

Desde un enfoque simplista de revolución y contrarrevolución no restaría mucho por decir sobre esta experiencia particular y otras similares de ese contexto. Pero lo interesante es la comprensión del ciclo de acumulación y de luchas que hizo que estas escisiones no lograran tomar fuerza y estabilizarse, las cuales, tras un breve periodo de auge, quedaron marginadas. No se trata sencillamente de la victoria de la contrarrevolución, sino de precisar la relación de clase específica dentro de la cual dominó dicha contrarrevolución, sobre qué práctica y qué teoría tuvo lugar la socialdemocracia. Son las posiciones revolucionarias de la época las que entraron en conflicto con su propio fundamento, la afirmación de la clase, y su propia imposibilidad hizo posible su derrota y la imposición socialdemócrata. Este análisis, sobre la base de aportes como el de Bériou, es el propuesto por Théorie Communiste en su definición del programatismo, a través de la cual historiza los diferentes periodos de afirmación del proletariado.

Bériou describe con precisión varios de los problemas y distorsiones ideológicas con que suelen toparse aquellos grupos que a contracorriente buscan mantener posiciones revolucionarias en periodos contrarrevolucionarios, poniendo como ejemplo al anarquismo entre 1875 y 1905, o los grupos bordiguistas, consejistas, surrealistas, etc. después de 1921, y hasta mayo de 1968. Posteriormente, esta dificultad pudo observarse respecto de la perspectiva de Négation y del artículo aquí publicado, escrito justamente en la antesala de la contrarrevolución iniciada hacia mediados de los 70.

Hoy nos preguntamos en qué momento del ciclo nos encontramos, mientras observamos crecientes dificultades para la valorización del capital y la supervivencia del proletariado, es decir, para la reproducción de ambos. A nivel de las luchas se observa un marcado interclasismo y una exigencia impotente al Estado, que se propo-

ne como solución a la vez que se muestra a las claras como parte estructural del problema. A nivel político, crecen los conflictos geopolíticos –incluso bélicos como el caso de Ucrania–, al tiempo que las nuevas derechas ganan terreno frente al progresismo. Si bien se mantienen las características de la última reestructuración del modo de producción, aparece la posibilidad de una renacionalización de las economías trastocando la actual globalización, una desfinanciarización del capital productivo, así como nuevos métodos de integración de la reproducción de la fuerza de trabajo en el ciclo propio del capital. Estas son algunas de las hipótesis planteadas por Théorie Communiste, sobre las que consideramos importante profundizar.

Danel, quien es parte del desarrollo de esta perspectiva, establece la siguiente relación entre las rupturas teóricas del nuevo ciclo, la comprensión sobre el pasado y el análisis del presente:

> «Una de las conquistas de la ruptura atañe a la definición de la teoría. Ésta no es la "verdad" del proceso revolucionario, sino *el proceso mismo*, que incluye su autocomprensión en el seno de la sucesión determinable y finalmente determinada de los ciclos históricos del capital, que son al mismo tiempo ciclos de acumulación y ciclos de luchas. Esta definición elimina cualquier problemática indeterminista de alternancia potencialmente infinita entre períodos contrarrevolucionarios en los que sólo se podría interpretar el curso de los acontecimientos, y períodos revolucionarios en los que finalmente se podría transformar. (…)
>
> Por tanto, no hay que comentar lo que está ocurriendo a la espera de una explosión de "la vida" ni tratar de forzar el movimiento constituyendo un polo "subversivo" en su seno. De las luchas cotidianas a la comunización pasando por la crisis, se trata de comprender el proceso de la revolución al que nos conducen la producción teórica y la simple existencia de la sociedad de clases.

> Nuestro objeto no es, por tanto, la revolución en general, sino la revolución que viene, al final del ciclo actual del capital. Se trata de anticiparla de forma cada vez más precisa mediante el análisis concreto de las luchas concretas.» («La producción de la ruptura»)

De nuestra parte, buscamos estimular la discusión teórica en tanto comprensión de nuestra propia condición de explotados y nuestra lucha por dejar de serlo.

Lazo Ediciones
Rosario, abril 2023

Teoría revolucionaria y ciclos históricos

Jean-Yves Bériou, 1973

A. 1848-1871

I. «Después de las revueltas (Lyon, Manchester) que anunciaban la futura entrada del proletariado en la escena social y política como *clase histórica*, se produjo la revuelta de los tejedores de Silesia, la primera acción proletaria de mayor precisión en el plano de la aportación *teórica*. Con esta revuelta, se perfiló la dirección fundamental de las luchas proletarias venideras.» (*La perspective du communisme*, 1971).

En su famoso texto sobre los disturbios de Silesia, Marx define claramente el programa comunista del proletariado europeo de 1844-1848:

1. Demuestra que el «período *clásico* de la inteligencia política», que «es la revolución francesa», ha terminado;

2. Demuestra que aquello de lo que está separado el proletariado, *por su trabajo mismo*, no es el Estado político, es decir, el orden burgués, sino «la vida misma, la vida física e intelectual, las costumbres humanas, la actividad humana, el goce humano», la *comunidad humana*;

3. Concluye mostrando que la revolución será una revolución política con espíritu social, es decir, que el acto político de destrucción del poder burgués y de las relaciones sociales que conlleva está incluido como *momento* de un movimiento social más amplio, la (re)creación de la *comunidad humana* y, por tanto, *el fin de la política*.

A partir de ahí, el proletariado ya no puede tratar de suprimir su aislamiento del Estado y del poder, es decir, reorganizar a una capa dominante, sino tratar de destruir la separación de la sociedad en clases, ya que «no reclama para sí ningún derecho especial, puesto que contra él no se ha cometido ningún desafuero en particular, sino el desafuero en sí, absoluto» (Karl Marx, *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, «Introducción», 1844, en *Anales Franco-alemanes*).

Las diversas contribuciones teóricas y programáticas de Marx y Engels (*Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto Comunista*, por no mencionar más que las principales) proporcionaron al naciente movimiento proletario, pese a ser leídas y debatidas por muy pocos obreros, y a menudo en un ámbito periférico con respecto a la clase (artesanos, artesanos proletarizados), una base teórica enraizada históricamente, a la vez que superaron *definitivamente* el socialismo y el comunismo utópicos, el socialismo proudhoniano y el radicalismo blanquista. Pese a que estas sectas continuaron existiendo activamente en el seno del proletariado y fueron muy a menudo sus verdaderos representantes (cfr. la situación en Francia, en las *Mémoires d'un Révolutionnaire* de Gustave Lefrançais), existía *formalmente* una secta que iba más allá de las sectas, y cuyo contenido *realmente* constituía la superación de una previsión del comunismo, expresión del ser revolucionario en su movimiento: esa secta era la Liga Comunista. Esta base expresaba el vínculo teórico-práctico con el presente revolucionario del propio movimiento, en su perspectiva concreta e inmediata.

Por ello, la perspectiva comunista surgió en relación directa con la revolución nacional-democrática burguesa de 1848, dirigida por la pequeña burguesía y la clase obrera. La teoría permitió, pues, establecer la estrategia y la táctica del *proletariado* europeo, impuestas por su propio ser a partir de la situación real. No nos detendremos en esa táctica y esa estrategia en la etapa de las revoluciones burguesas progresistas, pero sí señalaremos al paso dos cosas: a) El comunismo fue comprendido a la vez como un *producto* del capital en un grado

determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, *y también y al mismo tiempo*, como afirmación-emergencia de su naturaleza global, y ello *desde el primer momento*, es decir, que la necesidad de constituirse en partido político en 1844-1848 estuvo ligada precisamente al rechazo de una práctica puramente política, una oposición dialéctica que se resolvió en el curso de la crisis revolucionaria de 1848; b) El proletariado fue captado activamente como originado en la clase obrera en tanto clase autónoma en relación con la democracia, incluso y sobre todo si en gran parte existía *de forma viva* entre no obreros. *El proletariado es, pues, una relación histórica y el significado de esta relación.*

El movimiento comunista fue, por tanto, el reflejo exacto de la actividad histórica del proletariado de 1848, entonces clase obrera. La *Liga de los comunistas* era al mismo tiempo portadora de la perspectiva central y de sus límites reales. Su actividad quedó ahogada inmediatamente por la tempestad, y después por la derrota, pero «el movimiento proletario surgió en el curso de un proceso cuyo carácter unitario y unívoco prefigura la unificación de las expresiones históricas y formales del movimiento que evidenciará la futura revolución comunista» (*La perspective du communisme*).

1848 fue, pues, la primera aparición unitaria del proletariado/clase obrera. Dado el grado de desarrollo social de las fuerzas productivas y de las fuerzas históricas en presencia, los trabajadores no podían sino ayudar a la burguesía y luego *defenderse* (junio de 1848), pero lo importante de esta «defensa» –que sólo permitía afirmar el programa comunista de forma negativa, ya que, al no poder resolverse materialmente, no se podía plantear la destrucción de un mecanismo como el intercambio– reside en que la burguesía (y sus diversos aliados transitorios) se vio *obligada* a atacar a los obreros, que pasearon por las calles de París un espectro que inmediatamente comenzó a atormentar los cerebros de los dirigentes, y que prefirió atacarlos pese al riesgo de volver a caer en las cadenas del poder feudal. En Alemania, se arrojó a los brazos amorosos de los feudales; en Francia,

donde la situación era *políticamente* más avanzada, bailó el rigodón de las alianzas hasta 1871. Ahora bien, ahí aparece otro hecho contenido en la defensa obrera de junio de 1848: el vínculo comunistas/proletarios, no como vínculo entre dirigentes y dirigidos, sino como organización práctica de la expresión teórica y programática/movimiento real. El vínculo entre el proletariado y la teoría comunista, obstaculizado por los límites prácticos de la época (entre otros, la falta de coordinación consciente entre elementos proletarios de diversas naciones, debido a la ausencia de una perspectiva común que no fuera defensiva), ya permitía entrever algo cualitativamente superior.

II. Al mismo tiempo, el proletariado había sufrido su primera derrota como clase autónoma; el ciclo contrarrevolucionario quedó inaugurado. Por tanto, no era posible continuar con una organización formal capaz de mantener y realizar el programa revolucionario. Tras unas breves ilusiones (en 1850-1852), Marx y Engels comprendieron que lo que tenían que hacer era extraer las lecciones de esa revolución de 1848, comprender sus límites y su posible superación. Si decidieron disolver la *Liga de los comunistas*, fue para mantenerse fieles a la línea comunista.

> «Bajo esta prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desenvuelven todo lo exuberantemente que pueden desenvolverse dentro de las condiciones burguesas, *no puede ni hablarse de una verdadera revolución*. Semejante revolución sólo puede darse en aquellos períodos en que estos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción, incurren en mutua contradicción. Las distintas querellas a que ahora se dejan ir y en que se comprometen recíprocamente los representantes de las distintas fracciones del partido continental del orden, no dan, ni mucho menos, pie para nuevas revoluciones; por el contrario, son posibles sólo porque la base de las relaciones sociales es, por el momento, tan

> segura y –cosa que la reacción ignora– tan *burguesa*.» (Karl Marx y Friedrich Engels, Revista de mayo a octubre de 1850, en *Neue Rheinische Zeitung*, números V y VI, Hamburgo, 1850, p. 153)

Rechazaron la conspiración (cfr. *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, de Marx), la acción violenta minoritaria y militar, la propaganda y la agitación. En efecto, se trataba de no dejarse influir por las formas de la revolución y/o de su derrota, y/o de no dejarse gangrenar por el realismo de la realidad contrarrevolucionaria.

«He intentado también disipar el malentendido sobre el "partido"; como si por este término se entendiera una "Liga" desaparecida desde hace ocho años o una redacción de periódico disuelta desde hace doce años. Por partido, yo entendía el partido en el gran sentido *histórico* de la palabra.» (Marx a Freiligrath, carta del 29 de febrero de 1860). El único trabajo era, por tanto, el teórico, sobre todo la crítica de la economía política y la aclaración de la naturaleza de la producción comunista. En este período de contrarrevolución (1850-1864), Marx rechazó cualquier otra organización que no fuera la de su trabajo teórico y práctico (cuando hubo actividad práctica). Este antiformalismo le permitió, al mismo tiempo, hacer una crítica radical a los «socialistas» que actuaban aquí y allá.

III. La Iª Internacional (AIT: Asociación Internacional de Trabajadores), fundada en 1864, estuvo vinculada al auge de las luchas proletarias, a la reanudación revolucionaria y a la crisis económica. La Iª Internacional congregó a todas las fracciones del proletariado que hubieran accedido a la conciencia teórica de la lucha, incluso y sobre todo si era de forma parcial. La Iª Internacional fue *efectivamente* un lazo de unión entre los distintos estratos del proletariado y sus diferentes situaciones sociales en Europa. Fue un momento del proceso de unificación, y contribuyó a acelerarlo al mismo tiempo.

Frente al proudhonianismo de la pequeña burguesía reaccionaria, y al lassalleanismo, precursor de la socialdemocracia y ya liquidador,

los revolucionarios estaban divididos entre sí: los colectivistas con Bakunin y los comunistas en torno a Marx. Esta división se superponía entonces casi a la perfección a la división en zonas capitalistas desarrolladas y zonas capitalistas menos desarrolladas; la tesis es bien conocida, pero sólo nos permite comprender un aspecto del problema: además de que Inglaterra estaba más próxima al socialismo proudhoniano que al comunismo marxista, esta división se superponía a (y enmascaraba) otra separación *en el seno del propio proletariado*. Por una parte, del lado marxiano, se trataba de «dar un contenido y un impulso inmediato a la lucha de clases de los trabajadores y a su organización como clase» (Marx a Kugelmann, carta del 9 de octubre de 1866) y, por tanto, unir a todos los trabajadores en torno a un programa inmediatamente realizable para el proletariado europeo en su conjunto. Esta concepción de la Internacional procedía de una concepción realista del ciclo histórico del proletariado: desarrollo de las fuerzas productivas, importancia respectiva de las clases sociales en lucha, posibilidad de reformas reales que despejasen el terreno político a la emancipación del proletariado, pero todo ello «*con el objetivo final ante nuestros ojos*», etc. Por otra parte, la concepción antiautoritaria partía de la irrupción misma de la autonomía proletaria, de su surgimiento histórico, de sus exigencias desde el principio, e inmediatamente, de la revolución comunista y, por tanto, de la negativa a tomar en consideración el estado real de las fuerzas, la necesidad de mediaciones, etc. Por un lado, en nombre de una definición clara del comunismo, pasar por el campo político a riesgo de perderse en él (cfr. el repudio inicial de la Comuna por Marx en nombre de un análisis de táctica y de estrategia que era ya socialdemócrata[1]) y por el otro, la ingenua indigencia de pretender realizar de forma inmediata una sociedad libre mediante la simple voluntad (cfr. Bakunin en Lyon[2]) en nombre de una definición todavía muy estrecha de dicha sociedad: el colectivismo. Estas dos concepciones, una de las cuales podía llevar al culto de la acción «política», y la otra al culto de la acción económica, nacidas de dos áreas diferentes de desarrollo histórico, eran,

en realidad, la expresión de un fenómeno más profundo: la trágica dualidad de la propia praxis del proletariado de aquella época. Por un lado, las posibilidades reales de las luchas no podían llevar a la revolución comunista y obligaban al proletariado a contemporizar con otras capas; por el otro, surgía la afirmación inmediata de la revolución, aunque fuera imposible. Estas dos concepciones representaban un desdoblamiento del propio ser del proletariado; desvinculadas de su contexto de reanudación revolucionaria, condujeron a una de ellas a sacrificar el objetivo revolucionario en beneficio de la lucha inmediatista *en nombre de la cadena histórica de luchas inmediatas que había de conducir a la lucha revolucionaria final*, y a la otra a sacrificar la comprensión real del desarrollo de las luchas en lo inmediato en beneficio de la afirmación del objetivo revolucionario, *en nombre de la afirmación de la presencia de lucha revolucionaria final en cada momento inmediato de lucha*.

Obviamente, a nivel teórico los marxianos fueron entonces los representantes y portadores de la teoría del proletariado industrial avanzado, es decir, del proletariado como relación social y como devenir histórico. Fue una *línea generadora*, porque existían varias tendencias, desde el proudhonianismo hasta el blanquismo, e incluso eran cuantitativamente más importantes que los marxianos y los bakuninistas. Pero lo importante es que los marxianos (el «partido» de Marx) fueron capaces de esclarecer el cuerpo del programa comunista (la abolición del trabajo asalariado y del intercambio mercantil), mientras que los bakuninistas seguían todavía en la fase de «colectivismo», una mezcla híbrida, a caballo entre el mutualismo corporativista proudhoniano y el comunismo, imagen de la situación de aquellos nuevos proletarios que acaban de salir de la artesanía o del campo, en transición de un modo de producción a otro y moviéndose hacia el comunismo. En ese momento, lo esencial de la teoría comunista (1867, Libro I de *El Capital*, traducido por Bakunin al ruso, por lo demás) estaba ligada al desarrollo de la AIT. La AIT congregaba a todas las fracciones del proletariado y estas divisiones «marxistas/

bakuninistas» sólo surtieron *efecto* realmente después de la derrota de la revolución, de la Comuna. La Iª Internacional fue, pues, una de las fracciones del partido que se manifestó en el seno del proletariado a partir de 1868, sobre todo en París; fue la fracción-conciencia, así como los blanquistas fueron la fracción militar (esta división en «fracciones» orgánicas es un indicio de los límites). Marx no tenía necesidad de excluir a las demás tendencias de la organización formal de la Iª Internacional, pues no identificaba a ésta con el partido histórico y comprendió notablemente que las necesidades de la lucha revolucionaria unificarían a las fracciones de la organización dentro y *fuera de ella*. Y si bien a partir de 1868 las tensiones entre el «partido de Marx» y el «partido de Bakunin» fueron agudas, la Comuna y su derrota fueron el lugar y el momento de la escisión progresiva. En efecto, la Iª Internacional fue a la vez *partido formal/órgano económico/órgano programático*. La unidad del proletariado y *de sus fracciones revolucionarias* se mantuvo en su seno, pese a las oposiciones fundamentales (de las que no discutiremos aquí, *pero que siempre fueron analizadas sin relación con el ciclo*).

IV. Las mediaciones entre la clase y su programa, aun cuando sean muy importantes, están ligadas a su desarrollo real, hasta el punto de llegar a expresarlo.

Hasta 1871, por ejemplo, la política parlamentaria puede explicarse mediante el grado de desarrollo del capitalismo como modo de producción específico. El débil desarrollo del proletariado, en relación con el débil desarrollo del capital, le *obligaba* a intentar *concretar* su fuerza incipiente y sus momentos de revuelta en el ámbito parlamentario. Y a la inversa, su intervención en este ámbito era *posible* porque ninguna clase era capaz de dictar sus exigencias sin debates. En el parlamento, se concertaban y se enfrentaban alternativa y *eficazmente*, la burguesía comercial, la aristocracia financiera y el proletariado en determinadas condiciones (en Inglaterra, por ejemplo) (cfr. « Du rackett politique au cirque électorale », en *Le Voyou*, n° 1).

Este fue el apogeo de la era *democrática* del movimiento; aunque los marxistas rechazasen la democracia, aceptaron participar en ella como partido político, y en cuanto a los antiautoritarios, no participaron en ella, pero reivindicaron la democracia pura y verdadera, no burguesa, no parlamentaria, etc., rasgo que esclarece muy bien la ambigüedad del debate marxista/bakuninista de aquel entonces en el seno de la AIT.

V. La Comuna fue el punto culminante del movimiento real del que la Iª Internacional fue expresión. La relación dialéctica entre el partido histórico y la toma del poder revolucionario en relación con los órganos formales fue clara. En una carta a Kugelmann (12 de abril de 1871), Marx declaró que la Comuna es «la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio», lo que demuestra una unidad y continuidad absoluta en su concepción de la actividad y *la organización de la clase* (es decir, de sus tareas prácticas), al margen de todo *formalismo*.

Además, la Comuna fue la realización del movimiento que la precedió. En la Comuna *se superaron las oposiciones ideológicas: en el seno de cada fracción se superó la división mayoría/minoría y se realizó la democracia directa.*

Con su gloriosa derrota, se cierra un ciclo de luchas proletarias (de hecho, durará hasta 1873-1874, pues hubo repercusiones en Bélgica, en Escandinavia, en España, etc.). La organización formal del proletariado acababa de dar un nuevo giro: en 1848, se trataba de participar en la revolución burguesa y de organizarse como partido político de forma *virtual* y *secreta*; en 1871, se trataba de organizar la democracia política a fin de sentar *las bases* del terreno para la emancipación social del proletariado y, por tanto, de organizarse como *partido político real*. A partir de 1871, ya no se trata de todo eso: son varios los logros programáticos que constituyen las principales lecciones de la Comuna:

- La era de las revoluciones nacionales burguesas progresistas ha terminado. El proletariado ya no tiene que contemporizar con otros

estratos sociales; tiene que integrarlos o destruirlos, o bien ser destruido por ellos. Tiene que establecer su *dictadura*.

- El proletariado ya no puede evolucionar en el ámbito político (y menos aún, en el parlamentario). La única cuestión *política* pendiente es la del contenido de su dictadura, y esta cuestión sigue siendo *política* porque el proletariado todavía no es *socialmente dominante* (la cuestión del Estado es la consecuencia de esta enseñanza).
- El proletariado porta ahora, en su existencia misma, el contenido inmediato de sus tareas y ya no necesita un *partido formal*. No puede «ser» más que como su propio *partido histórico*.
- El programa comunista se presenta claramente como el programa autónomo del proletariado, como la *destrucción del intercambio*, incluso en negativo (dado el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas).

VI. «En 1871, el proletariado estaba demasiado aislado para tener esperanzas de vencer. Si hubiera derrotado *militarmente* a Versalles, se habría enfrentado inmediatamente, por un lado, a la contrarrevolución europea, de la que el ejército prusiano no habría sido más que una avanzadilla, y por otro, sobre todo, a los problemas de la transformación comunista del aparato de la producción y la distribución, en un momento en que el capitalismo apenas había iniciado la socialización de la producción.» (François Martin, *Quelques leçons d'une insurrection passée pour une insurrection future*).

Derrotada la Comuna, la organización revolucionaria que había sido su expresión, la AIT, tenía que desintegrarse. Se produjeron las violentas escisiones entre fracciones –el partido de Marx y el partido de Bakunin– que quisieron apoderarse de la dirección: la política de aparato expresaba así la contrarrevolución. Las zonas y los aspectos diferentes y parciales de la totalidad de la clase, que habían estado reunidos durante el asalto revolucionario, ahora se oponían. La contrarrevolución desintegró y dividió la unidad de la clase, así como su expresión teórica y programática. Bajo el impulso de la Comuna y de sus repercusiones, Marx y Engels, al tiempo que caían en la po-

lítica (la lucha por el Consejo General), pudieron teorizar el logro fundamental de la Comuna (*La guerra civil en Francia*, y *Crítica del programa de Gotha*) hasta aproximadamente 1875. A partir de 1875, *estuvieron solos*. El partido histórico vivió luego en ellos gracias a la reanudación del trabajo teórico interrumpido por la tormenta revolucionaria (*El Capital*, *Anti-Dühring*, etc.), pero esa labor no estaba directamente relacionada con la *práctica* del proletariado, reducido al estado de capital variable. Esto equivale a decir hasta qué punto, después de aproximadamente 1875, las posiciones *políticas* de Marx, y luego sobre todo las de Engels, fueron no revolucionarias, y en el caso de éste último contrarrevolucionarias. La dicotomía entre el enunciado de la teoría comunista que refinaron (sólo se trataba de volver a una teoría previamente formulada y elaborada), y su práctica *a lo largo del siglo*, se había vuelto absoluta; al ser contrarrevolucionario el siglo, tanto el siglo como su práctica llegaron a corromper el enunciado de la teoría comunista, en el caso de Engels, en varios textos, como *Socialismo utópico y socialismo científico*, cuyo contenido socialdemócrata y *no dialéctico* se aprecia muy claramente. Así, a partir de 1875, sigue habiendo dos hombres que prosiguen un trabajo teórico fundamental (sobre todo de crítica de la economía y de las ciencias), al mismo tiempo que son semi-conscientes de la situación (Marx lo era más, cfr. la carta a Nieuwenhuis, cfr. *Crítica del programa de Gotha*). Después de 1883, fecha de la muerte de Marx, queda un hombre que, por un lado, prosigue «fielmente» –es decir, *ideológicamente*– el trabajo del «partido de Marx», pero que, por otra parte, se hunde en la contrarrevolución definitivamente y se convierte en jefe del *marxismo*, teoría de la socialdemocracia.

VII. Si bien la derrota de la Comuna fue *históricamente* rica, también consagró la división del movimiento proletario en:

- *Fracciones políticas*: las dos AIT rivales, la de Marx/Engels, muerta en 1874, y la de los bakuninistas, que continúa en Ginebra, en España e Italia; luego grupos, agrupaciones, sectas, partidos, etc.;

- *Fracciones económicas*: las cámaras corporativas y sindicales;
- *Fracciones programáticas*: Marx/Engels solos, contra sus discípulos, hasta aproximadamente 1880 («Lo que me escribes sobre los alemanes no me sorprende en absoluto. Aquí pasa exactamente lo mismo. Por eso Engels y yo nos hemos disociado por completo.» [Karl Marx, carta a Sorge, 27 de septiembre de 1877]); luego la pequeña agrupación informal e internacional de anarquistas en torno a Malatesta, etc.

La paz social estaba asegurada y el libre desarrollo intensivo del capital también tenía vía libre. La revolución nacional burguesa estaba tocando a su fin (Alemania, Italia) y unificando sus condiciones de explotación. La transición a la dominación real del valor estaba a la orden del día, y la destrucción progresiva de los obstáculos que se oponían a ella ya estaba en marcha. El trabajo estaba siendo devorado poco a poco por el plustrabajo. El maquinismo se estaba extendiendo. La socialdemocracia, expresión coherente de esta evolución, se convierte en el envoltorio social del capital.

VIII. Parafraseando y corrigiendo el dictamen de Karl Korsch en *Crisis del marxismo* (1931), podemos decir que en los años 1871-1875 se cierra el primer gran ciclo histórico del desarrollo capitalista. En el transcurso de este ciclo, el capitalismo ya había atravesado –sobre su *limitada* base de entonces– todas las fases de su desarrollo, hasta el punto de que la parte consciente del proletariado pudo poner en el orden del día la revolución social de la propia clase obrera, entonces proletariado. Por tanto, el movimiento de clase del proletariado ya ha alcanzado –sobre esta base *limitada*– un grado de desarrollo *bastante elevado*: las luchas revolucionarias encabezadas en ese momento por fracciones aisladas de la clase obrera fueron la expresión práctica de todo ello, los miembros de la Internacional fueron el eslabón histórico y, al formular en su momento el contenido definitivo (momentáneo y futuro) de la práctica consciente de la clase proletaria, quienes constituyeron el «partido de Marx» le proporcionaron su expresión teórica.

B. Socialdemocracia y movimiento del Capital

I. La IIª Internacional se fundó de manera más o menos forzada y a contracorriente. Su base principal fue la socialdemocracia alemana. Incluso podría decirse que la IIª Internacional fue –¡oh, ironía!– la extensión a Europa del «socialismo alemán» del que había hablado Marx, y ¡y cuya victoria había deseado en 1871 junto con la de Bismarck! La socialdemocracia alemana, cuya constitución –justo después de consumarse la derrota proletaria (Congreso de Gotha, 1875)– no fue otra cosa que la unión del lassalleanismo y de unos cuantos principios marxistas conservados a modo de ornamentación… «científica», sirvió de base a todo el movimiento socialista europeo. El texto más instructivo sobre la creación de la IIª Internacional es este pasaje de Engels en su carta a Sorge del 8 de junio de 1889: «Por otra parte el Congreso no debe tener ninguna importancia; yo no iré, naturalmente, no puedo zambullirme continuamente en la agitación. Pero *la gente* quiere ahora volver a jugar a los Congresos y por lo tanto es mejor que no estén dirigidos por Brousse[3] y Hyndman. Aún estamos a tiempo para poner fin a sus intrigas.» Es evidente que la posición de Engels, favorable a la afiliación del Partido alemán salido de Gotha a esta Internacional del oportunismo, y sólo para evitar que la encabezasen los posibilistas y los ingleses, no fue nada ambigua: fue fundamentalmente maniobrera y contrarrevolucionaria. ¡Como si los revolucionarios tuvieran que participar en una institución contrarrevolucionaria para evitar que fuera dirigida por los contrarrevolucionarios! Al hacerlo, Engels se entregó atado de pies y manos al reformismo internacional, y a partir de entonces todas las críticas quedaron en «privado» (en cartas, por ejemplo) o fueron censuradas por el grupo de Bebel. Ahora bien, Engels fue más allá: además de contradecir sus admirables frases de 1884 sobre el movimiento del proletariado («El movimiento internacional del proletariado europeo y americano es hoy tan fuerte, que no sólo su primera forma estrecha –la de la Liga secreta–, sino su segunda

forma, infinitamente más amplia –la pública de la Asociación Internacional de los Trabajadores–, se ha convertido en una traba para él, pues hoy basta con el simple sentimiento de solidaridad, nacido de la conciencia de la identidad de su situación de clase, para crear y mantener unido entre los obreros de todos los países y lenguas un solo y único partido: el gran partido del proletariado», en «Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas»), que evidencian una comprensión correcta del partido histórico en relación con el partido formal, aparte de esto, respaldó a la socialdemocracia internacional proporcionándole armas ideológicas; el «marxismo» se convirtió así en una ideología *con una función práctica inmediata en la sociedad capitalista*. La creación del «marxismo» (cfr. Marx: «Yo no soy marxista») nació de la derrota del proletariado y de la victoria burguesa.

Fue así como Engels, durante las crisis que estallaron en la socialdemocracia, dio el «la» para la exclusión de las fracciones de izquierda. No sólo se dejó censurar por los alemanes que se servían así de él, sino que ayudó a esas mismas personas a resolver los conflictos internos del partido en interés de una dirección fundamentalmente oportunista. Su actitud permitió a la IIª Internacional expulsar de su seno a todos los elementos revolucionarios y hacerla más monolítica. En efecto, desde el principio se manifestó un *poderoso* movimiento internacional de crítica de la socialdemocracia, excluido en cada ocasión con la bendición de Engels, y cuya historia ha sido descuidada por todos los historiadores del movimiento obrero por razones obvias: en Alemania, la oposición de «Die Jungen» (Los Jóvenes), centrada en Berlín entre 1889 y 1892, que si bien no llegó a dar a sus posiciones una perspectiva teórica profunda, constituyó una reacción sana y revolucionaria, especialmente por su postura antiparlamentaria; en Dinamarca, la izquierda danesa antifrentista de Trier, que rechazó una alianza con los partidos burgueses de la oposición, liberales y agrarios, fue excluida en 1889 del partido danés;[4] en Suecia, el grupo congregado en torno a Bergre-

gen, violentamente opuesto al reformismo y al parlamentarismo, y que estaba en contacto con los «Jungen» alemanes, fue excluido del partido en 1891;[5] los socialistas revolucionarios agrupados en torno a William Morris en Inglaterra, y finalmente, los socialistas que trabajaban en los sindicatos revolucionarios, como Tom Mann, los holandeses, entre ellos F.D. Nieuwenhuis, etc., y en menor medida, grupos e individuos que defendieron las mismas posiciones en Francia, Italia, España, Estados Unidos y Japón.

La IIª Internacional se convirtió en el centro activo del desarrollo social burgués, tras una lucha internacional contra 1) los elementos revolucionarios, como las fracciones de izquierda que la criticaron, y 2) *el movimiento anarco-comunista excluido por la fuerza de los Congresos de 1891, 1893 y 1894*. La IIª Internacional nunca degeneró; fue creada cuando no había ninguna perspectiva revolucionaria; de ahí su participación, *desde el principio*, y *total*, en el sistema político de la burguesía. Una de las grandes debilidades del movimiento comunista renaciente hacia 1905 (Trotsky, Rosa Luxemburgo, Pannekoek, etc.) será la incomprensión de la naturaleza de la socialdemocracia. Pero si la IIª Internacional pudo participar de tal modo en el juego político burgués *y consolidarlo*, los motivos eran muy profundos.

II. Tras la derrota de la Comuna de París y sus diversas repercusiones, «la clase obrera estaba derrotada, y la contrarrevolución había triunfado. *La IIª Internacional correspondía a las condiciones contrarrevolucionarias, al desarrollo capitalista*» (*La perspective du communisme*). Por ello hay que partir de una caracterización del período: *el período de dominación formal del valor*. Durante este período, hubo una dicotomía entre la especificidad del modo de producción capitalista: *el trabajo asalariado*, y la similitud del proceso de producción capitalista con los anteriores: a) el proceso laboral inmediato era, si no dominante, al menos muy importante y estaba basado en el hombre («el obrero», el nombre es elocuente, realizaba la *totalidad* o casi todo el proceso productivo, y el tiempo de trabajo necesario era apro-

ximadamente igual al tiempo de plustrabajo); b) en zonas inmensas sólo existía una producción precapitalista, tanto fuera como *dentro* de los países capitalistas.

> «Por tanto, dentro del proceso productivo, el proletario está dotado –en la misma medida, digamos– del doble carácter de productor de valores de uso (obrero) por un lado, y del de productor de valor de cambio (proletario) por otro. *De ahí que también exista una "dicotomía" en el seno del propio proletariado:*
>
> • Como mercancía en potencia (potencialmente desposeída), es plenamente proletario.
>
> • Como mercancía específica que opera dentro del proceso de producción, *es a la vez proletario y obrero*, y ante todo obrero.» (*Négation* I, «El proletariado como destructor del trabajo»).

El proletariado se presentaba, pues, en este período, como la *clase del trabajo*, en el sentido del propio proceso de producción. La clase obrera creó entonces los órganos de defensa de sus intereses inmediatos, del precio de su fuerza de trabajo: los sindicatos. Éstos surgen como los representantes del proceso de trabajo humano contra el proceso de trabajo científico y mecanizado, contra el proceso de valorización. Pero es aquí donde la relación trabajo-capital se muestra invariante, pues esa defensa de los intereses de la fuerza de trabajo en el seno de la relación capitalista del salariado tiende a hacer triunfar el proceso de valorización. «En efecto, tarde o temprano, unos aumentos salariales de cierta magnitud obligan al capital a mecanizarse y a hacerlo en un grado cada vez mayor; lo mismo cabe decir de la reducción de la jornada laboral. Así se produce el paso de un modo de explotación extensivo a un modo de explotación intensivo, el paso del plusvalor absoluto al plusvalor relativo.» (*Négation* I, ya citado).

De hecho, el «*movimiento obrero*» *es la expresión adecuada del movimiento mismo del valor*, ya que tiende a hacer avanzar el proceso

de valorización en el sentido de la dominación real del valor. El movimiento obrero es el verdadero motor del movimiento de proletarización. Dentro de la pareja capital-trabajo, es el trabajo el que es activo y el que, por medio de sus propias reivindicaciones, hace que el enemigo ligado a él –el capital– se reproduzca. *El movimiento obrero es la expresión del movimiento del capital variable, del proletariado como categoría económica del capitalismo.*

En estas condiciones, el desarrollo de los inmensos sindicatos socialdemócratas alemanes (y otros) coincidió con los intereses de la burguesía progresista e industrial; fueron una necesidad para el propio desarrollo del capital, en evidente detrimento de la gran burguesía reaccionaria y terrateniente. Los problemas esenciales de la historia fueron la unificación nacional y la organización planificada del capital. Los sindicatos, que se desarrollaron intensamente, fueron rápidamente apoyados por la burguesía radical: la organización del capital variable era una condición previa para el desarrollo de la acumulación capitalista nacional. La socialdemocracia fue la expresión política de este fenómeno. La planificación nacional de la fuerza de trabajo convirtió a los socialdemócratas en los intermediarios y organizadores de esta fuerza de trabajo y en los defensores de la economía nacional, de la nacionalización de la producción. El mito de la nacionalización de la producción como socialismo lo había analizado bien Engels en el *Anti-Dühring*: «Pero ni la transformación en sociedades por acciones ni la transformación en propiedad del Estado suprime la propiedad del capital sobre las fuerzas productivas. En el caso de las sociedades por acciones, la cosa es obvia. Y el Estado moderno, por su parte, no es más que la organización que se da la sociedad burguesa para sostener las condiciones generales externas del modo de producción capitalista contra ataques de los trabajadores o de los capitalistas individuales. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, un Estado de los capitalistas: el capitalista total ideal. Cuantas más fuerzas productivas

asume en propio, tanto más se hace capitalista total, y tantos más ciudadanos explota. Los obreros siguen siendo asalariados, proletarios. No se supera la relación capitalista, sino que, más bien, se exacerba.» «El concepto de clase obrera respondía a la realidad de la economía capitalista; fue una concepción económica pacifista, gradualista, democrática y reformista.» (*La perspective communiste*). Los trabajadores debían organizarse como consumidores (de ahí las cooperativas) y como productores (de ahí los sindicatos), como votantes (de ahí los grupos parlamentarios), como habitantes de la ciudad (de ahí los grupos municipales), y como participantes en la vida ideológica y cultural (de ahí los coros, las escuelas, los grupos culturales, etc.). *El partido era el organismo que unía todos estos fragmentos, la cohesión organizativa e ideológica del movimiento obrero.* El proletariado, la clase revolucionaria, había desaparecido para dar paso a las categorías capitalistas.

III. El proletariado/capital variable se expresó, por tanto, a través del partido socialdemócrata. Las explicaciones habituales sobre la naturaleza de la socialdemocracia, ya como consecuencia de la existencia de la aristocracia obrera o de una dirección reformista, son particularmente inoperantes. Pero la explicación de la socialdemocracia como representante de las capas medias de la burguesía –profesores, etc.– es menos real aún: *representaba al proletariado como capital variable, ni más ni menos*. Representaba el desarrollo moderno del capital: unificación nacional, transición a la dominación real, concentración de las fuerzas productivas, «socialización», secularización de la escuela, organización de la fuerza de trabajo, desarrollo de la investigación científica, fusión progresiva de la economía y la política, idolatría del Estado, etc.

Lo que trataron de hacer Lassalle y Bismarck, y luego Bebel, Liebknecht, Kautsky, Volmar y Bernstein lo realizaron en 1919 Ebert, Noske y Scheidemann. El programa económico de la socialdemocracia fue realizado por el nazismo: las reivindicaciones inmediatas

del proletariado realizadas contra él. La socialdemocracia fue el movimiento político de la tendencia del proletariado a convertirse en clase socialmente dominante (dentro del capitalismo como clase, y finalmente como proletariado/movimiento obrero).

No es el objeto de este texto analizar la práctica socialdemócrata, lo cual sería muy largo y requeriría un estudio en profundidad, que por lo demás nunca se ha hecho. Sin embargo, podemos establecer algunas características a nivel de la existencia cotidiana en la sociedad alemana.

A cambio de la negociación del precio de la fuerza de trabajo, la socialdemocracia constituyó la fuerza más increíble de supervisión y encuadramiento de la clase obrera; su control sobre los sindicatos era absoluto. «La "unión personal" de la que hablábamos antes estaba tanto más asegurada al estar asumido que los sindicatos sólo elegirían como secretarios permanentes, y en cierto modo como funcionarios, a miembros del Partido» (*Encyclopédie Socialiste Syndicale et Coopérative de l'Internationale Ouvrière*, dirigida por Compère-Morel). Era una auténtica sociedad dentro de la sociedad, un Estado dentro del Estado, con sus sindicatos, sus permanentes, sus diputados, sus sindicatos de mujeres, sus organizaciones juveniles, sus periodistas y su prensa (¡hasta 89 periódicos *diarios*!), su escuela del Partido –una auténtica universidad–, sus cargos electos municipales, sus sociedades culturales, deportivas o musicales, sus clínicas de convalecencia, su dinero, sus acciones, etc. De tal modo, su organización sirvió de base para la reconstrucción de Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Esta enorme maquinaria produjo, obviamente, una gran cantidad de profesionales, de gerifaltes sindicales y políticos permanentes, periodistas y economistas, que muy pronto se convirtieron en un verdadero *estrato social* con sus propios intereses materiales, su mentalidad y su peso en la balanza política. Esta fracción de la pequeña burguesía, *creada* literalmente por el desarrollo de la socialdemocracia, se vio reforzada por la llegada de todo un importante sector de la pequeña y mediana burguesía alemana;

todas las «fuerzas vivas» de la sociedad alemana se unieron a la organización: profesores, intelectuales, académicos, médicos, escritores, abogados, economistas, etc. Y muy pronto, por supuesto, la alianza entre estos diversos elementos se convirtió en la base misma de la dirección del Partido. La alianza entre la clase obrera (a través de la «aristocracia obrera» y sus diversos representantes sindicales y políticos) y la intelectualidad socialista *se efectuó en el sentido de una sumisión absoluta del proletariado alemán a la mediana burguesía del Partido, a sus dirigentes*. La unión sagrada de 1914 ya estaba prefigurada en ella. Y las raíces de la ideología marxista, (es decir, kautskista y luego leninista) se abrevaron ahí.

IV. La teoría «marxista», elaborada y formulada principalmente por Engels, y luego por Bernstein y Kautsky, parte de esta base histórica. No vamos a repetir aquí el conocido análisis de esta inversión ideológica tan bien estudiada por Karl Korsch y que Jean Barrot [pseudónimo de Gilles Dauvé, N. del e.] y Pierre Guillaume precisaron en sus prólogos a *Las tres fuentes del marxismo*, de Karl Kautsky, en los Cahiers Spartacus en 1969; simplemente queremos entender la base de esta inversión ideológica.

La alianza/dominación entre obreros e intelectuales en el seno del partido no podía sino llevar a la creación de la teoría posteriormente desarrollada en el *¿Qué hacer?* de Lenin. Kautsky escribió: «La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos. Pues el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde el exterior en la lucha de clases del proletariado y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella.» (Karl Kautsky, *Las tres fuentes del marxismo*). Obviamente, esta tesis era la negación de la tesis central de Marx: «No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.» A partir de ese momento, todo era posible, y todo lo fue. La separación ser/conciencia en el plano teórico

reflejaba la separación práctica contrarrevolucionaria/teoría revolucionaria. La teoría del proletariado formulada por Marx se convirtió en teoría «marxista». La crítica de la economía política, de estudio de las condiciones que debían llevar inevitablemente al proletariado a destruirla, se convirtió en la ciencia de la economía y sus leyes. La dialéctica se convirtió en una técnica de lógica formal. Las categorías del pensamiento se volvieron autónomas. El materialismo histórico se convirtió en un método para las ciencias (un momento del pensamiento burgués). La teoría se transformó en sociología, en economía, en ciencia del derecho, en guía de recetas para la acción política, etc. Se convirtió en una ciencia entre otras, en una ciencia superior, en una ciencia de síntesis. En todo esto se olvidó una cosa: *la teoría elaborada por Marx era una teoría del proletariado, una teoría del movimiento de subversión práctica de la sociedad*, y no una ciencia, en la que el término socialismo «científico» sólo se oponía al socialismo «utópico». Esta «*ideologización*» de la teoría sólo podía ir acompañada de la separación del proletariado de su teoría; se convirtió en una teoría de la separación, en el fundamento teórico de la separación social. Tendía a teorizar la separación social como eterna, y transformarse así en una teoría del movimiento social como eterno, en la teoría de la dinámica capitalista del valor *y, sobre todo, a relegar al olvido el objetivo final: el comunismo* (cfr. Bernstein: el movimiento lo es todo). La separación entre la economía y el socialismo fue reivindicada como una verdad histórica, al mismo tiempo que el economicismo hacía estragos. Este olvido de la «meta final» estuvo acompañado por un desconocimiento de escritos fundamentales de Marx (los *Grundrisse*) o su relativo arrinconamiento (*Escritos de juventud*), lo que no hizo sino reforzar la corriente de rechazo por parte del propio movimiento inmediato en momentos de ruptura puntuales.

La socialdemocracia fue el órgano más contrarrevolucionario de la época: ella, que había recreado la sociedad capitalista en su seno, sólo podía perpetuarla. El marxismo fue la música de esta sinfonía y, como tal, fue criticado por todos los «revolucionarios» de la época.

C. Anarquismo y movimiento comunista

I. Para comprender la importancia cualitativa del movimiento anarquista entre 1875 y 1905, hay que partir de dos inversiones ideológicas que se produjeron tras la derrota del asalto revolucionario.

En primer lugar, el «partido de Marx», como es sabido, se transformó en partido marxista tras la muerte de Marx, proceso que se inició en vida de éste; la última intervención revolucionaria, la *Crítica de del Programa de Gotha*, se mantuvo en *privado*, ya que Marx y Engels comenzaron a transigir con los socialdemócratas *públicamente*. A pesar de que, en muchas cartas, Marx critica duramente a los marxistas, esto siguió ocultándose cuidadosamente. De hecho, prefirió permanecer más o menos al margen de toda esta agitación, lejos de todo, y proseguir incansablemente su labor de crítica de la economía política, interrumpida en 1871, e incluso llegó a consagrarse –señal de que estaba a la vanguardia del tiempo y de la época y de las revoluciones que se avecinaban– al estudio de la economía y la sociedad rusas. Fue a través de esta actividad cómo representó al movimiento revolucionario en pleno ciclo contrarrevolucionario, no mediante su actividad pública en el seno de la socialdemocracia, por escasa que fuera (deliberadamente, por lo demás), la cual le hizo deslizarse hacia posiciones ambiguas en lugar de romper con toda esta gente. Tras su muerte, Engels, como hemos visto, sirvió de garante del marxismo internacional, es decir, socialdemócrata, *y toda su actividad política fue íntegramente contrarrevolucionaria*, aunque siguió teorizando sobre el trabajo del ex partido de Marx y aportando una importante contribución (*Anti-Dühring*, *Dialéctica de la naturaleza*, *El origen de la familia*, etc.) al movimiento futuro, aguando al mismo tiempo la radicalidad de la crítica revolucionaria en ciertos aspectos de estas obras. Se produjo un vuelco: la teoría formulada por el «partido de Marx», que había sido la expresión de la práctica revolucionaria del proletariado hasta 1874, y del movimiento comunista desde su aparición hasta su futura realización, se convirtió en un sistema ideológico con pretensiones cien-

tíficas que incluía diversos apartados: economía, sociología, historia, política, etc. La categoría de la totalidad quedó invertida: de subversión de la sociedad, se convirtió en la sociedad misma. La adhesión del movimiento obrero contrarrevolucionario a este sistema ideológico no estuvo exenta, por lo demás, de supresiones o distorsiones en determinados aspectos. La transformación de la teoría formulada por Marx y de las organizaciones del movimiento obrero que la reivindicaban en *prolongaciones organizativas e ideológicas* del sistema, se vio acompañada por el olvido de la naturaleza del comunismo y de la revolución comunista. Los franceses (Jules Guesde y sus amigos) llegaron a regresar al *colectivismo*: se había cerrado el círculo.

Además, el partido antiautoritario también se transformó. Inicialmente una secta dentro de la Iª Internacional y hasta 1875 –lo que correspondía, por una parte, a un cierto carácter inconcluso de la comprensión del movimiento real y de la naturaleza de la revolución proletaria, y por otra, a la crítica *inmediata* de la política por parte de la clase obrera–, con la llegada de numerosos comuneros, que se unieron a él tras la derrota, se convirtió en el refugio de grupos de obreros que resistían a la represión aquí y allá, de los pocos revolucionarios que rechazaron la derrota. En resumen, el partido antiautoritario fue la bandera en torno a la cual se aliaron los supervivientes. No obstante, se produjo un fenómeno mucho más profundo; en mayor o menor medida, más o menos rápidamente dependiendo del lugar, el movimiento se vio rejuvenecido por sangre nueva: un gran número de revolucionarios, incluso se podría decir que *casi todos los revolucionarios*, se unieron a él, ya fuera para convertirse en anarquistas o para trabajar con ellos. Un gran tema central los unía *a todos: el rechazo a la socialdemocracia, al movimiento socialista oficial, estatista, parlamentario, etcétera* y, por tanto, al «*marxismo*». Ya se tratara de Pindy[6] o de Lefrançais,[7] que representaban a la fracción más radical de la Comuna, de William Morris en 1884 o de Nieuwenhuis en 1893, se trató sin duda de un mismo movimiento diversificado en el tiempo y en el espacio. En Alemania y Suecia, el movimiento anarquista

se formó a partir de una escisión de la socialdemocracia. Que unos, como Pindy o Nieuwenhuis, se hicieran anarquistas, y otros, como Morris o Lefrançais, no lo hicieran, no cambia en nada el problema. Se trató de un movimiento irreversible. Y en el momento en que los marxistas se volvieron *colectivistas* por «realismo», los antiautoritarios se volvieron *comunistas*, fenómeno que coincidió aproximadamente con la muerte de Bakunin, lo que no carece de importancia, ya que el movimiento anarquista (colectivista) está ligado a la época de la Iª Internacional, la Comuna y sus secuelas. Ahora bien, no se trata aquí de comprender este período del movimiento antiautoritario, época por lo demás muy interesante, pero que no es el tema de este trabajo. Lo que hay que afirmar, sin embargo, es muy importante para entender esta *época global* del movimiento obrero (en su conjunto), y que sigue siendo muy oscura: de la misma manera que la socialdemocracia se organizó dentro de la continuidad *ideológica* de la teoría del proletariado formulada por Marx y Engels, el comunismo-anarquismo se basó en la crítica del Estado formulada por Bakunin entre 1866 y 1873. Se trató de un cambio de perspectiva por ambas partes, pero de sentido diferente: por un lado, hubo regresión, y por el otro, superación (la teoría de Bakunin utilizada como soporte de una crítica que tendía a la radicalidad).

II. De hecho, lo que sucedió es que todos los debates fundamentales del movimiento y de la teoría comunista reaparecieron, *maquillados bajo un vocabulario y un aparato anarquista*, entre 1875 y 1905, dentro del movimiento antiautoritario. El anarquismo fue el refugio de las personas e ideas «*comunistas*» en el curso de ese período contrarrevolucionario. Este fenómeno de una secta proletaria y revolucionaria que conserva y transmite a las generaciones siguientes, *aun cuando sea de forma parcial y mistificada*, lo esencial del legado *nodal* del proyecto comunista está, además, directamente relacionado con su rechazo a una organización *formal*. Fue, en efecto, el rechazo a organizarse en partido político lo que permitió a los anarquistas mantener *el hilo temporal*

entre dos asaltos revolucionarios, pues en un período contrarrevolucionario toda construcción de una organización formal no podía sino ratificar y desarrollar orgánicamente ese período. Los grupos o núcleos comunistas se constituyeron durante la Primera Guerra Mundial a partir de la crítica y la ruptura con la IIª Internacional, *no sólo como corpus teórico sino como institución del capital*, y durante el período que nos ocupa, los anarquistas lograron afirmar la teoría revolucionaria en mayor o menor medida en razón inversa a su grado de organización. Aquí no tenemos espacio para hacer una historia o estudio a fondo de este fenómeno, pero podemos ver su manifestación a partir de un ejemplo que nos parece fundamental.

III. El primer debate giró en torno a la oposición entre «*anarcocolectivistas*» y «*anarcocomunistas*», y el paso de una concepción a la otra. Está muy claro que dicho debate, con todo lo que conllevó (el problema de la abundancia, el de «tomar del montón», el del cálculo del tiempo de trabajo, etc.), coincide con la problemática *esencial* formulada por Marx (*Grundrisse* y *Crítica del Programa de Gotha*, principalmente) y *abandonada por todos los marxistas* (la cuestión de la *naturaleza* de la producción comunista no volvió a plantearse hasta Pannekoek y los tribunistas holandeses, así como Bordiga). Evidentemente, si esta problemática fue dejada de lado de manera tan absoluta, es porque la realidad histórica no caminaba en el sentido de la revolución comunista sino en el del desarrollo del capital; el movimiento obrero, artífice del movimiento del capital, no podía plantear teóricamente un problema que ni siquiera era capaz de tratar de resolver; sólo unos pocos individuos y grupos, que mantuvieron la perspectiva del comunismo a pesar de la época, pudieron plantear el problema, muy mal y de forma apenas consciente.

Sencillamente echemos un vistazo, a través de un montaje de textos, a la evolución de este debate poniéndolo en relación con un texto «marxiano» (pero sin hacer la historia del debate, lo que merecería más de unas pocas páginas, y que esperamos hacer más adelante).

La primera vez que un texto impreso habló de comunismo anarquista fue en febrero de 1876, en un panfleto titulado: *A los trabajadores manuales partidarios de la acción política*, publicado en Ginebra, y cuyo autor fue Dumartheray, miembro de un grupo de refugiados de Lyon y Saboya residentes en Suiza, « L'Avenir ».

De hecho, hasta ese momento, el principio indiscutible era el colectivismo, del que Bakunin, pero sobre todo James Guillaume, habían sido los representantes.

> «La Internacional, tal como surgió de su Congreso de Basilea en 1869, era colectivista, es cierto; pero era –incluso en su versión más avanzada– bastante poco anarquista. Era *colectivista* en el sentido en que se utilizaba entonces la palabra, es decir, que la tierra, los instrumentos de trabajo, en definitiva, todos los medios de producción, debían ser propiedad colectiva y que cada trabajador, *solo* o *asociado*, debía disfrutar y disponer del producto completo de su trabajo. Ahora bien, si no había una fórmula precisa para el salario íntegro o para el reparto, cosa que puede parecer secundaria, tampoco había una idea clara y precisa acerca de la forma de asignar a cada individuo o asociación la parte del suelo, materias primas e instrumentos que deberían ser suyos, ni sobre la forma de medir el trabajo de cada cual y establecer un criterio de valor para el intercambio. Todo esto debía dejarse en manos de la "colectividad", y no se prestó suficiente atención al peligro de que esta "colectividad" pudiera no ser en realidad otra cosa que un "gobierno", es decir, que unos pocos individuos se hicieran con el poder e impusieran su voluntad a los demás.» (Errico Malatesta, «Las soluciones comunistas-colectivistas e individualistas en el seno del anarquismo», *Pensiero e Volontà*, Roma, 1926)

> «*La Propiedad*. Ya hemos dicho que la propiedad individual debe ser abolida, y además, que su abolición es la condición necesaria para el triunfo de la solidaridad en las relaciones humanas. Di-

gamos ahora unas palabras sobre el sistema de organización que habrá de sustituir al régimen de la propiedad privada:

La Internacional fue durante mucho tiempo *colectivista*: quería que la tierra, las materias primas, los instrumentos de trabajo, en definitiva, todo lo que sirve al hombre para realizar su actividad y producir la riqueza social, fuera de propiedad colectiva, y que los hombres tuvieran el derecho de servirse de ella para su trabajo, mientras que el producto del trabajo debía pertenecer totalmente a los trabajadores, solos o asociados, salvo la parte que correspondiera a gastos generales.

Por ello, se abogó por las fórmulas: "*A cada uno según su trabajo*", o, lo que es lo mismo: "*Al trabajador el producto íntegro de su trabajo*", "*quien trabaja come y quien no trabaja no come*", etc., siempre asumiendo que los ancianos, los niños y los inválidos tendrían derecho a recibir de la sociedad los medios para satisfacer todas sus necesidades.

Sin embargo, el colectivismo está sujeto a muchas objeciones serias:

Se basa, económicamente, en el principio mismo del valor del producto, determinado por la cantidad de trabajo necesaria para producirlo. Ahora bien, el valor así definido es inadecuado para determinarlo si queremos tener en cuenta no sólo la duración o algún otro elemento externo al trabajo, sino también el esfuerzo mecánico o intelectual total que requiere. Además, como las distintas partes del suelo son más o menos productivas, y todos los instrumentos de trabajo no son de la misma calidad, es de temer que cada uno busque aprovecharse de los mejores suelos o implementos, del mismo modo que buscaría atribuir el mayor valor posible a sus propios productos y el menor valor posible a los de los demás. Como resultado, la distribución de instrumentos y el intercambio de productos acabaría por basarse en *el principio de la oferta y la demanda*, lo que equivaldría a volver a caer en la plena competencia y en pleno mundo burgués.

Esta es la lucha por la vida… Por eso el colectivismo no puede mantenerse por sí solo. Es incompatible con la anarquía; necesitaría de un poder regulador y moderador, que pronto se convertiría en opresivo y explotador, y que nos devolvería primero a la propiedad corporativa, y luego a la propiedad individual.» (Errico Malatesta, «Progresión y organización de la AIT», *La cuestión social*, Florencia, junio de 1884)

«En Italia, éramos pocos (Cafiero, Covelli, Costa, yo y uno o dos más que no recuerdo) los que decidimos abandonar el colectivismo, propagado hasta entonces en el seno de la Internacional, y hacer aceptar el comunismo a los delegados del Congreso de Florencia (1876) y, por tanto, a toda la federación italiana de la Internacional…» (Errico Malatesta, *Volontà*, reimpreso en *Le Réveil*, Ginebra, marzo de 1914)

«… un hecho importante es la adopción por parte del socialismo italiano de la comunidad del producto del trabajo». (Paul Brousse, *Arbeiter-Zeitung*, Berna, octubre de 1876)

«La Federación Italiana considera que la propiedad colectiva de los productos del trabajo es el complemento necesario del progreso colectivo, y que la cooperación de todos para la satisfacción de cada uno es la única regla de producción y consumo que responde al principio de solidaridad.

El Congreso Federal de Florencia ha demostrado de forma elocuente la opinión de la Internacional Italiana sobre este punto, así como sobre el anterior.

Saludos y solidaridad,

Los delegados federales italianos en el Congreso de Florencia

Errico Malatesta, Carlo Cafiero.» (*Bulletin Jurassien*, diciembre de 1876)

> «Aquí, en Italia, existía una gran preocupación por estas cuestiones. Hubo acuerdo con los internacionales de todos los países sobre el principio de que todos debían ser trabajadores, que nadie podía vivir oprimiendo y explotando a los demás, y que la fraternidad y la solidaridad entre todos los seres humanos debe sustituir a la lucha y la competencia por el bienestar a costa de los demás.
>
> Descubrimos que en el colectivismo todavía subsistía una causa de lucha, tanto para la obtención de los medios de producción más ventajosos como por el valor convencional que cada cual querría dar a sus propios productos, sobrevalorándolos en relación con los productos de los demás.» (Errico Malatesta, «Las soluciones comunistas-colectivistas e individualistas», artículo ya citado)

En abril o mayo de 1877, apareció en Berna, Suiza, un panfleto titulado *Estatutos del partido anarquista comunista de los pueblos de lengua alemana*, escrito bajo la influencia de Brousse, Costa y Kropotkin, por obreros alemanes agrupados en torno a Emil Werner, Rinke y Reinsdorf, que formaron después el grupo *mostiano* en torno al *Freiheit* de Johann Most. En septiembre de 1877, en el Congreso de la Internacional de Verviers, tuvo lugar un gran debate entre Costa y Brousse por un lado, apoyando el comunismo, contra los españoles Morago y Viñas en el otro bando, que apoyaron el colectivismo. Pero, a partir de 1879, el comunismo –salvo los españoles de la Federación Obrera, el embrión de la futura CNT y algunas excepciones como los dos anarcosindicalistas *avant la lettre*, James Guillaume y Adhémar Schweitzguebel, que representaban al colectivismo bakuniniano de la antigua Federación Jurasiana– fue adoptado por todo el movimiento anarquista revolucionario (obviamente, no estamos hablando de los individualistas, los proudhonianos, los mutualistas)…

> «Los anarquistas quieren para el futuro:
>
> 1) El *comunismo anarquista* como meta, con el *colectivismo* como forma transitoria de propiedad…» (Asamblea general de la Fede-

ración Jurasiana, 12 de octubre en La Chaux-de-Fonds, *Le Révolté*, Ginebra, octubre de 1879)

«Durante los primeros congresos de la Internacional del proletariado francés, sólo unos pocos trabajadores *aceptaron* la idea de la propiedad colectiva. Hizo falta toda la luz arrojada sobre el mundo entero por los incendios de la Comuna para verificar y propagar la idea revolucionaria y llevarnos al Congreso de Le Havre, que reconoció como meta el *comunismo libertario* a través de la voz de 48 representantes de los trabajadores franceses.» (Cafiero, *Le Révolté*, Ginebra, diciembre de 1880)

«*De cada uno según sus fuerzas a cada uno según sus necesidades:*

… Añadimos que admitir que cada uno tiene derecho sólo al consumo de su producción, es crear la más flagrante desigualdad y sublevarse contra las leyes naturales, las únicas inmutables. Se trata, en una palabra, de reconstituir en poco tiempo esa propiedad individual contra la que todos nos levantamos hoy, y que es la única causa de todos nuestros males y miserias.

En efecto, si reconocemos el derecho de cada trabajador a poseer el fruto de su producción, hay que admitir que será libre de consumirlo o no consumirlo, a menos que consuma sólo la parte que le convenga, para ahorrar el excedente con el fin de quedar exento de la carga de la producción algún día.

Si los miembros de la sociedad son libres de consumir o no consumir el producto, ¿cómo va a establecer ese equilibrio indispensable para toda sociedad bien organizada, es decir, el equilibrio entre la producción y el consumo…?

Imaginémonos a dos seres que viven juntos, pero en condiciones inversas: uno no apto para la producción, con un temperamento que requiere un consumo abundante; el otro, por el contrario, lleno de inteligencia, pero de una naturaleza a la que una cualidad de alimentos basta para asegurarle la existencia; estos dos

> seres son iguales, la sociedad los atiende, les proporciona todo lo necesario hasta llegar a la edad adulta, pero cuando llegan a esa edad, los abandona a su suerte. ¿Qué pasará? Uno no podrá producir ni siquiera lo suficiente para satisfacerse, mientras que el otro nunca podrá trabajar lo bastante poco para no producir más que aquello que necesita… Si este último no puede consumir todo su producto, ¿por qué no admitir que el primero pueda disfrutarlo?» (*La Révolution Sociale*, agosto de 1881)

Podemos ver muy claramente en estos pocos extractos cómo la producción comunista está delimitada por sus principios fundamentales:

- La producción social es inmediata,
- El intercambio queda abolido,
- El tiempo de trabajo ya no es la medida de la actividad humana y, por tanto, el valor queda abolido,
- La producción está orientada a la satisfacción de las necesidades humanas.

Y el programa comunista del siglo XIX, bajo la dominación formal, está bien trazado: *el trabajo abarcaba a todos, pues en aquel entonces no era posible abolirlo*.

Pero pronto surgieron problemas, ya que los partidarios del colectivismo objetaron que para realizar este ideal haría falta que hubiera abundancia en la tierra y ésta no existe. Fue entonces cuando se desarrolló toda una corriente anarcocomunista simplista y dogmática que afirmaba que era posible realizar el comunismo inmediatamente, sin fase de transición, en función de un estado de abundancia que ya reinaría en la sociedad capitalista. Esta corriente «amorfa» pudo, más adelante, quedarse en la descripción de un sistema subutópico de sociedad ideal, sin preocuparse por el movimiento real que conduce a ella, incluso tras la destrucción de la sociedad burguesa. Frente a esta ideología de «tomar del montón», Malatesta respondió aclarando el contenido del comunismo, presentándolo como un objetivo a alcanzar y un movimiento humano en desarrollo, y

que pasaría, tras la revolución, por la organización colectivista, con todo lo que ésta implica de «derecho burgués», como había dicho Marx, pero comprendida como una etapa necesaria. Malatesta tuvo que luchar durante mucho tiempo contra el anarcocomunismo simplista y dogmático, que se impuso muy rápidamente y se generalizó a partir de finales de siglo bajo el patrocinio de Kropotkin. Durante la década de 1880 Merlino le ayudó en esta crítica. Citemos dos veces más a Malatesta:

> «Todo es de todos, todo se produce en beneficio de todos: cada uno debe hacer por la sociedad lo que sus fuerzas le permitan, y tiene derecho a exigir a la sociedad la satisfacción de todas sus necesidades en la medida permitida por el estado de la producción y de las fuerzas sociales…
>
> [Malatesta continúa diciendo que para ello existen condiciones indispensables: 1) de orden moral, y 2) de orden material: una abundancia de producción tal que todos puedan consumir sin calcular su tiempo de trabajo y una organización del trabajo que no sea repulsiva ni gravosa para nadie.]
>
> … Estas contradicciones pueden remediarse limitando la realización inmediata del comunismo a los territorios y ámbitos sociales en los que las circunstancias lo permitan y aceptando, por lo demás, aunque *transitoriamente*, el colectivismo. En los primeros tiempos, corregido por el conjunto del pueblo despertado a una nueva vida, y animado por el poderoso impulso revolucionario, el colectivismo no tendrá tiempo para producir sus malos efectos. Será necesario, sin embargo, si no se quiere retroceder más adelante al sistema burgués, acelerar su evolución hacia el comunismo. Y en este sentido la actividad de una vanguardia comunista consciente, de la Internacional, será de vital importancia.
>
> La Internacional tendrá que definir el comunismo en todas partes, poner de relieve las ventajas obtenidas en los lugares donde se ha aplicado, buscar poner en común el mayor núme-

ro posible de cosas y, sobre todo, exigir la aplicación inmediata y completa de la gratuidad comunista al conjunto de los servicios públicos (…); tendrán que ser considerados como tales la vivienda, la enseñanza, el cuidado de los enfermos, la educación de los niños y la distribución de los alimentos más necesarios; la idea de la gratuidad del servicio público gratuito se extenderá en el tiempo, poco a poco, a todas las ramas de la producción y el consumo… [a continuación, Malatesta ataca la ideología del "tomar del montón"].» (Malatesta, «Las soluciones comunistas del anarquismo», *Pensiero e Volontà*, Roma, 1926)

«… Aparte de cuestiones extremas, no tenemos ninguna razón para dividirnos en pequeñas comisiones en una fiebre por decidir, con exageraciones y detalles, variables según el lugar y el momento, acerca de lo que será la sociedad futura, cuyos recursos y posibles combinaciones estamos lejos de prever. Por ejemplo, no tenemos por qué dividirnos sobre cuestiones como éstas: si la producción será menor o mayor; si la agricultura estará completamente asociada a la industria; si, a grandes distancias, el intercambio se hará sobre la base de la reciprocidad; si todas las cosas se explotarán en común o según una norma; o si el uso de alguna de ellas será más o menos particular. Por último, las modalidades de las asociaciones y los pactos, de la organización del trabajo y de la vida social, no serán uniformes ni podrán preverse y determinarse de antemano.»

«No podemos prever, salvo muy vagamente, las transformaciones de la industria, de las costumbres, de los mecanismos de producción, del aspecto de las ciudades, de las ocupaciones, de los sentimientos humanos y de las relaciones y vínculos sociales. Es absurdo, cuando menos, dividirnos en función de meras hipótesis. La distinción entre el colectivismo anarquista y el comunismo también es una cuestión de modalidades y acuerdos.»

«Es cierto que la "remuneración en función de la tarea realizada", tal y como propugnan los colectivistas, puede conducir a una acumulación desigual de productos, y determinar (cuando esa acumulación sea excesiva) un retorno a la usura, a menos que la acumulación y la usura sean imposibles a causa de prohibiciones y fiscalizaciones que sólo podrían ser despóticas y odiosas. Por otro lado, la "toma a voluntad" de los productos abundantes y el abastecimiento de los productos menos abundantes también podría dar lugar a arbitrariedades y obligaciones humillantes. El sistema comunista, por tanto, no está exento de todo inconveniente.»

«… Somos decididamente comunistas… Pero hay que distinguir entre lo que se ha demostrado científicamente y lo que permanece aún en estado de hipótesis y previsiones; hay que distinguir entre lo que habrá que hacer de forma revolucionaria, es decir, por la fuerza y de forma inmediata, de aquello que tendrá que ser el resultado de la evolución futura. Confiemos, pues, en las libres energías de todos, armonizadas espontánea y gradualmente.»

(«Appello» y «Programa», *L'Azzociazione*, Niza-Londres, 1890)

Compárese con el propio Marx, en su *Crítica del Programa de Gotha*, 1875:

«Para saber lo que hay que entender por la frase de "reparto equitativo", tenemos que cotejar este párrafo con el primero. El párrafo que glosamos supone una sociedad en la cual los "medios de trabajo son patrimonio común y todo el trabajo se regula colectivamente", mientras que en el párrafo primero vemos que "todos los miembros de la sociedad tienen igual derecho a percibir el fruto íntegro del trabajo".

¿"Todos los miembros de la sociedad"? ¿Y también los que no trabajan? ¿Dónde se queda, entonces, el "fruto íntegro del trabajo"? ¿O sólo los miembros de la sociedad que trabajan? ¿Dónde dejamos, entonces, el "derecho igual" de todos los miembros de la sociedad?

Sin embargo, lo de "todos los miembros de la sociedad" y "el derecho igual" no son, manifiestamente, más que frases. Lo esencial del asunto está en que, en esta sociedad comunista, todo obrero debe obtener el "fruto íntegro del trabajo" lassalleano.

Tomemos, en primer lugar, las palabras "el fruto del trabajo" en el sentido del producto del trabajo; entonces el fruto del trabajo colectivo será la *totalidad del producto social*.

Pero de aquí hay que deducir:

Primero: una parte para reponer los medios de producción consumidos.

Segundo: una parte suplementaria para aumentar la producción.

Tercero: el fondo de reserva o de seguro contra accidentes, trastornos debido a fenómenos naturales, etcétera.

Estas deducciones del "fruto íntegro del trabajo" constituyen una necesidad económica, y su magnitud se determinará según los medios y fuerzas existentes, y en parte, por medio del cálculo de probabilidades; lo que no puede hacerse de ningún modo es calcularlas partiendo de la equidad.

Queda la parte restante del producto total, destinada a servir de medio de consumo.

Pero, antes de que esta parte llegue al reparto individual, de ella hay que deducir todavía:

Primero: los gastos generales de administración, no concernientes a la producción.

En esta parte se conseguirá, desde el primer momento, una reducción considerabilísima, en comparación con la sociedad actual, reducción que irá en aumento a medida que la nueva sociedad se desarrolle.

Segundo: la parte que se destina a satisfacer necesidades colectivas, tales como escuelas, instituciones sanitarias, etc.

Esta parte aumentará considerablemente desde el primer momento, en comparación con la sociedad actual, y seguirá aumentando a medida que la sociedad se desarrolle.

Tercero: los fondos de sostenimiento de las personas no capacitadas para el trabajo, etc.; en una palabra, lo que hoy compete a la llamada beneficencia oficial.

Sólo después de esto podemos proceder a la "distribución", es decir, a lo único que, bajo la influencia de Lassalle y con una concepción estrecha, tiene presente el programa, es decir, a la parte de los medios de consumo que se reparte entre los productores individuales de la colectividad.

El "fruto íntegro del trabajo" se ha transformado ya, imperceptiblemente, en el "fruto parcial", aunque lo que se le quite al productor en calidad de individuo vuelva a él, directa o indirectamente, en calidad de miembro de la sociedad.

Y así como ha evaporado la expresión "el fruto íntegro del trabajo", se evapora ahora la expresión "el fruto del trabajo" en general.

En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente. La expresión "el fruto del trabajo", ya hoy recusable por su ambigüedad, pierde así todo sentido.

De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino de una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña

procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad –después de hechas las obligadas deducciones– exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de ésta bajo otra forma distinta.

Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, nada puede ahora pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de éstos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad de igual trabajo, bajo otra forma distinta.

Por eso, el *derecho igual* sigue siendo aquí, en principio, el *derecho burgués*, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como *término medio*, y no en los casos individuales.

A pesar de este progreso, este *derecho igual* sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es *proporcional* al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por *el mismo rasero*: por el trabajo.

Pero unos individuos son superiores física o intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo para servir de medida tiene que determinarse en cuanto a su duración o intensidad; de otro modo deja de ser una medida. Este derecho *igual* es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un obrero como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes de los individuos, y, por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. *En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad*. El derecho sólo puede consistir, por su naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando que se les enfoque desde un punto de vista igual, siempre y cuando que se les mire solamente en un aspecto *determinado*; por ejemplo, en el caso concreto, *sólo en cuanto obreros*, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: unos obreros están casados y otros no; unos tienen más hijos que otros, etc. A igual trabajo y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, unos obtienen de hecho más que otros, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.

Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado.

En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con

> el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!»

Como puede verse, la demostración es concluyente y podríamos añadir otros ejemplos:

• *Sobre el problema del sindicato y del sindicalismo*: en el movimiento anarquista se manifestó una oposición muy viva al sindicalismo revolucionario o al anarcosindicalismo (Malatesta en particular, o Nieuwenhuis), o incluso a la propia acción sindical (Paraf-Javal, por ejemplo[8]), *que precedió a la crítica práctica del proletariado alemán durante el movimiento de los consejos obreros*.

Citemos simplemente algunas frases muy características:

> «El sindicato (en su existencia práctica…) es reformista por su propia naturaleza. El sindicato puede surgir con un programa social, revolucionario y anarquista, y generalmente es eso lo que ocurre. Pero la lealtad a este programa dura mientras es débil e impotente, un grupo de propaganda. Cuantos más trabajadores atrae y más fuerte se hace, más imposible le resulta mantener el programa original, que se convierte entonces en una fórmula vacía». (Errico Malatesta, «Anarquía y sindicalismo», *Pensiero e Volontà*, 1925) [Este artículo apareció en 1925, pero expresa muy bien la posición de Malatesta desde el principio.]

> «Los trabajadores sindicados son los peores enemigos de la revolución.» (Henri Dhorr, *Le Libertaire*, junio de 1897)

> «¿Qué es un sindicato? Es una agrupación en la que los tarugos se clasifican por oficios, para tratar de hacer menos intolerables

> las relaciones entre empresarios y trabajadores. Una de dos cosas: o no tienen éxito, y entonces el trabajo sindical es inútil; o lo tienen, y entonces el trabajo sindical es perjudicial, porque un grupo de hombres habrá hecho que su situación sea menos intolerable y, en consecuencia, *habrá hecho que la sociedad actual perdure*.» (Paraf-Javal, *Le Libertaire*, abril de 1904)

• *Sobre el problema de la actividad política*, cuyos dos ejes son el *parlamentarismo* y la *conquista del Estado*. Allí también, los anarquistas, tras haber integrado la lección de la Comuna y reanudar, de hecho, la demostración del joven Marx *sobre la política*, consiguieron poner de relieve la naturaleza real del movimiento proletario. Cuando la participación en el juego político (1848-1850, 1864-1873) todavía era aceptable, dado cierto número de condiciones históricas que cabe impugnar, aunque ese no sea nuestro propósito aquí; a partir de 1871, ya no se trataba de eso, y la participación de los socialistas en la siniestra farsa parlamentaria permitió a los anarquistas sacar todas las consecuencias teóricas. En cuanto a la conquista del Estado, los anarquistas se vieron enfrentados a la práctica de estos mismos socialistas, *a su incursión progresiva en la sociedad gubernamental*; sólo tuvieron que sacar las consecuencias, que coincidieron con la lección de Marx en *La guerra civil en Francia* de 1871 acerca de la necesidad de romper la maquinaria estatal. Sin embargo, no insistiremos sobre esta cuestión, ya que el texto de Nieuwenhuis [*El socialismo en peligro*] constituye la argumentación *ad hoc*, pese a que, por otro lado, también se expresara una tendencia opuesta heredada de Bakunin y que condujo al anarcosindicalismo.

IV. Evidentemente, los propios límites del anarquismo impidieron a éste, que había conseguido criticar la socialdemocracia, la política y el sindicalismo, así como expresar la naturaleza de la producción comunista, *pasar al análisis del movimiento real*.

A la crítica del Estado le subyacía la ilusión de una sociedad federativa, basada en la autonomía de las comunas, una regresión histórica y precapitalista.

A la crítica de la acción política le subyacía el culto de la acción golpista o ilegal y de la propaganda, y se quedó en el plano ideológico.

La crítica del sindicalismo entre algunos estuvo acompañada del culto a la acción «económica» entre otros, y del sindicalismo a secas para muchos de estos últimos.

La crítica del parlamentarismo fue compensada por la creencia en la democracia directa, que no es más que su forma acabada y su realización.

Por último, al no tener ninguna teoría sobre las condiciones imperantes en el desarrollo del capital, y que engendran el comunismo como movimiento y como sociedad; su visión del mundo era ideológica, y reanudaba la dicotomía burguesa: individuo/sociedad, economía/política, etc.

El humanismo, el cientificismo, el idealismo y el democratismo acompañaron a una visión utópica de un mundo nuevo que sólo era cuestión de mostrar al mundo o de realizar por pura voluntad. El libro de Nieuwenhuis es la prueba viviente de ello, sobre todo en los dos últimos textos.

Todas estas características son las razones que convirtieron al anarquismo en una *ideología revolucionaria en un período contrarrevolucionario*, pero *no en base para una teoría revolucionaria en períodos de reanudación revolucionaria*. Esta teorización se haría a partir de Marx (Trotsky, Rosa Luxemburg, J. Knieff, A. Pannekoek, etc.), pese a que, durante la reanudación revolucionaria, y después en el asalto revolucionario de 1919-1921, los anarquistas desempeñaron un papel *práctico* importante, ya fuera directamente (Italia, Rusia) o a través de organizaciones «obreristas» como los IWW o la FAUD (Estados Unidos y Alemania).

El renacimiento del movimiento proletario en torno a 1905 acarreó el declive del anarquismo revolucionario prácticamente en

todas partes (salvo quizás Italia y España), y el florecimiento de los anarquismos particulares, de sectas de mayor o menor importancia: «ilegalismo», «anarcosindicalismo», anarquismo con pretensiones culturales (educación libre, naturismo, nomadismo, vegetarianismo, etc.), que marcaron su decadencia histórica, ratificada por Kropotkin al tomar partido por los aliados durante la guerra. Sin embargo, el hilo temporal ya estaba anudado, y bien anudado. Los jóvenes teóricos revolucionarios «marxistas» reanudaron –*incluso sin su conocimiento y a pesar de sus declaraciones*– lo esencial del contenido del comunismo anarquista (antiparlamentarismo, antiestatismo), aunque sin llegar tan lejos en lo que a la visión de la sociedad futura se refiere, ya que casi nunca se mencionó el problema de la producción comunista en ninguno de los debates del movimiento, hasta el trabajo de los consejistas holandeses, mucho después de la derrota, y el de la izquierda italiana acto seguido.

D. Teoría revolucionaria y ciclos históricos

I. El movimiento comunista nació con el establecimiento oficial de la sociedad civil burguesa. Forjó sus primeras armas en el curso de la revolución burguesa, y enunció su primera afirmación desde el inicio de la sociedad capitalista. El capitalismo estuvo preñado del comunismo desde su fundación histórica, y el movimiento comunista –producido por la dinámica del valor– impuso al capital y a la burguesía la necesidad de organizar la contrarrevolución a partir de su propia revolución. La primera derrota del proletariado tuvo lugar en el curso de la propia revolución burguesa (los *Enragés*, los *sans-culottes*, Babeuf, etc.). Esto significa que el programa comunista está inscrito en las entrañas mismas del desarrollo capitalista, y que lo acompaña como un doble hostil, como una sombra enemiga. Por tanto, el movimiento comunista existe durante toda la época capitalista, desde el principio hasta el final; pasa por ciclos revolucionarios y ciclos contrarrevolucionarios, que son la expresión de la contradicción fundamental del capital, y que no hace sino desarrollarse. Sin embargo, el movimiento real del proletariado, el movimiento revolucionario, sólo se produce durante los ciclos revolucionarios, determinados por la crisis económica que coincide con la crisis constante del valor, que la reproduce hasta la crisis final y es reproducida cíclicamente por ella. Tras la derrota de cada asalto revolucionario, la contrarrevolución que se instaura liquida un poco más las mediaciones entre el movimiento comunista y el programa comunista. La teoría comunista puede reconstituirse así en el transcurso del asalto posterior, integrando el programa y el movimiento real, fecundándolos, impulsada por la práctica de la clase revolucionaria. La distinción: programa/teoría, por tanto, es muy importante para captar el vínculo *práctico* entre los momentos de ruptura.

II. Los momentos de reanudación revolucionaria suscitan la reanudación de la teorización revolucionaria. La reaparición del movimiento comunista como movimiento social, y ya no sólo como movimiento objetivo del valor (creación de las condiciones mismas del asalto revolucionario), permite que la teoría se convierta en teoría del movimiento social, en teoría de la práctica de las rupturas de clase. «Se trata del paso de la "*teoría del objetivo final*" –que en cierta medida reificaba el futuro al abstraer el objetivo (el comunismo) de su movimiento, el cual carecía así de realidad efectiva– a la teoría comunista desarrollada como *teoría de un movimiento social*, de una tendencia real de la sociedad hacia el comunismo.» (*Bulletin communiste*, «Proletarios y comunistas»)

No se trata, por tanto, de un paso a la acción, de una realización terrenal de la teoría, que habría sido conservada como reliquia durante todo el ciclo contrarrevolucionario, y que habría que aplicar ahora a las posibilidades reales. Se trata de la *apropiación generalizada de la teoría por los comunistas*, es decir, de la producción de la propia teoría del movimiento real, de la producción de la teoría por el movimiento real bajo el apremio de la crisis. Esta *apropiación/producción* de la teoría del comunismo como movimiento revolucionario se elabora a la vez contra el programa comunista transmitido en forma de «principios» fosilizados –porque este programa ha sido deformado y petrificado a su vez, convertido en parcial y abstractamente doctrinario como consecuencia de la contrarrevolución y el *fracaso* del último asalto revolucionario– pero también se elabora a partir de él, mediante su ingestión/digestión crítica bajo la presión de los acontecimientos. Los revolucionarios rectifican, completan y ultiman el programa a la luz de las posibilidades reales del movimiento social, al igual que, a la inversa, también asocian el programa a la comprensión del movimiento, a sus momentos de ruptura y a su dirección orgánica.

La teoría del proletariado, la teoría comunista, por tanto, es transmisión del programa, *al igual que* es *apropiación* de la comprensión teórica, *síntesis de la teoría y la práctica en la praxis*.

La reanudación revolucionaria significa: «el fin de la actividad teórica como práctica separada debido *a la imperiosa necesidad de apropiación práctica de la teoría* por parte del proletariado». («Proletarios y comunistas»)

> «Una clase en la que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dictan las necesidades de la lucha. Las consecuencias de sus propios hechos la empujan hacia adelante. No abre ninguna investigación teórica sobre su propia misión.» (Karl Marx, *La lucha de clases en Francia*)

La teoría ya no es una «*investigación*» teórica, una actividad separada de la práctica; ya no es una teoría *sobre* la práctica, sino que reanuda los hilos que la unen al asalto anterior y al programa utilizando y superando los logros anteriores de esta teoría. El final de la separación teoría/práctica está ligado al final de otras separaciones.

En primer lugar, desaparece la separación proletariado/teóricos. Los revolucionarios son simplemente una producción del movimiento; son unos proletarios entre otros, que indican así el movimiento mismo de la clase. La teoría está inscrita en su condición social, en su vida misma. La teoría se ha convertido en sinónimo del proceso de unificación social.

La otra separación es la separación entre los distintos orígenes de los revolucionarios. El período de reanudación revolucionaria está habitado por personas de orígenes distintos, que han roto con y criticado a grupos de ideologías diversas (ahora, por ejemplo, los comunistas provienen de pasados muy diferentes: ex bordiguistas, ex anarquistas, ex trotskistas, ex miembros de Socialisme ou Barbarie, ex consejistas, etc.), que hablan idiomas distintos, y que no tienen una apreciación absolutamente común del mo-

vimiento. Esto, sumado al hecho de que provienen de áreas de diferente grado de desarrollo social y de situaciones históricas específicas, es algo que la reanudación revolucionaria niega y supera poco a poco; *el proceso de unificación vuelve unitaria la teoría*, lo que no significa que ya no haya más discusiones y desacuerdos, sino todo lo contrario.

En los períodos de reanudación revolucionaria (por ejemplo, la Iª Internacional), la teoría tiene un carácter unitario debido a la urgencia histórica que la unifica de manera apremiante. Este es su vínculo con la perspectiva central del comunismo, *la totalidad de la situación que destruye la exterioridad del programa*. El mundo (re)presenta su faz oculta como si fuera su faz pública, y los revolucionarios se unifican de forma práctica, siendo la teoría el circuito de esta unificación y de sus condiciones prácticas.

III. En períodos contrarrevolucionarios, el acervo de la revolución anterior, del programa y de la teoría comunista, se dispersa en el seno de grupos, núcleos o sectas que se convierten así en el vínculo físico y espiritual entre los asaltos revolucionarios. La ausencia de una lucha realmente comunista del proletariado transforma la teoría en dogmas, principios, programas, preguntas, hipótesis, etc., tan numerosos como sean los grupos, los núcleos o las sectas. No obstante, la teoría comunista es conservada de esta manera por gente que intenta resistir a la época, no participar en ella. La exclusión de la «vida pública» es la condición *sine qua non* de la posibilidad de transmitir la teoría y el programa comunistas a las siguientes generaciones. Incluso es *porque* están aislados, separados de la vida pública, de la actividad histórica, que en ese momento es contrarrevolucionaria, por lo que los revolucionarios pueden continuar el curso programático del movimiento.

Por supuesto, no hay que creer que es posible excluirse del mundo real. El idealismo, que consiste en creer en la posibilidad de mantener el programa comunista durante todo un ciclo contrarre-

volucionario sin desviaciones, degeneración ni amputaciones, sólo puede ir de la mano de una concepción intemporal del revolucionario eterno, «battilochio»* de la teoría. La teoría, que es siempre teoría de un movimiento histórico, si este movimiento histórico es inmediatamente contrarrevolucionario, no puede ser revolucionaria sino es a través de una serie de mediaciones e ideologizaciones. No vive por la gracia de la historia, fuera del alcance de la realidad contrarrevolucionaria, sino que llega a expresarla en ciertos aspectos; como superviviente del ciclo contrarrevolucionario, se convierte en la expresión de la contrarrevolución durante la reanudación revolucionaria: así, el bordiguismo o el consejismo son expresiones contrarrevolucionarias del movimiento real actual y pronto serán partícipes *activos* en la contrarrevolución práctica.

Ahora bien, la teoría comunista sobrevive a las derrotas de los asaltos revolucionarios porque es la teoría de un movimiento que atraviesa todo el período capitalista, a través de todos sus ciclos. No es una producción inmediata. Siempre está *–y esta es su característica fundamental–* un paso por delante del momento histórico porque expresa su sentido, su dirección, sus posibilidades y sus necesidades. No sólo es inmanente a todo el ciclo capitalista, es decir, que se forma como programa básico desde el principio del ciclo, sino que también es *profecía* en cada momento. La concepción inmediatista de la teoría es una puerta tras la que pululan los empirismos «teorizados».

Esto no impide al movimiento comunista *sobrevivir* en períodos contrarrevolucionarios bajo diversas apariencias, idiomas, trajes y máscaras (por ejemplo, el anarquismo entre 1875 y 1905, las sectas bordiguistas, consejistas, surrealistas, etc. después de 1921, y hasta mayo de 1968). El movimiento es tan poderoso, tan fuerte, que incluso a veces obliga a la contrarrevolución a hablar en su nombre, a

* Metáfora bordiguista de crítica de la creencia en los «hombres providenciales» y el culto a los jefes geniales que, desde el punto de vista histórico de conjunto, no son en realidad más que títeres. [N. del t.]

través de la voz de sus propias agencias (ejemplos de Rassinier, Rossi, etc.). Pero es inevitable que esas diversas máscaras se le peguen a la piel y lo transformen irremediablemente, incrustándose en él. En un período contrarrevolucionario, la teoría tiene un carácter dispar: se centra en aspectos parciales de la totalidad (la crítica del estalinismo, por ejemplo, o la crítica del trabajo en nombre del juego, otro ejemplo) sin captar todos sus aspectos. Por lo general, no entiende el ciclo en el que se encuentra como contrarrevolucionario, y todo incidente social o racionalización del sistema se convierte en la inminencia de la revolución comunista (anarquista) o de la guerra mundial (Socialisme ou Barbarie). El movimiento cae en el activismo (Programme Communiste) al mismo tiempo que construye de cabo a rabo una historia personal en la que siempre defendió a capa y espada una doctrina pura y dura. Es incapaz de hacer un balance, y esta es una de sus características. No existe ninguna teoría del movimiento real que le permita captarse a sí mismo como un momento particular. Se teoriza el Consejo, al igual que se teoriza el Partido, pero no se capta su contenido histórico. En resumen, el movimiento, en los períodos contrarrevolucionarios, no está saturado de teoría comunista sino de retazos y aproximaciones. Además, hay tantos sistemas como pretensiones de comprender las razones de la derrota pasada.

De hecho, en los períodos contrarrevolucionarios la teorización sigue cuatro ejes principales:

a) *la incapacidad de sacar la lección de la revolución-derrota*, de extraer de ella un balance teórico que no sea parcial. Así, por lo general, se centra en una obsesión ideológica en torno a las formas del movimiento revolucionario (los Consejos para la Izquierda germano-holandesa a partir de 1921, la Comuna para los comunalistas como Lefrançais e incluso los anarco-comunistas como Kropotkin a partir de 1871) en lugar de centrarse en el *contenido comunista* del movimiento. O bien no va más allá de una afirmación *negativa* de este contenido: la crítica de lo que *se opuso inmediata y formalmente al movimiento*

(partidos, sindicatos, bolchevismo, etc., para la izquierda germano-holandesa), sin llegar a ver el movimiento como la negación activa que afirmaba el comunismo o las condiciones para su establecimiento, y sin poder comprender lo que *realmente* se opuso a la victoria comunista.

Esta capacidad/posibilidad de captar el movimiento real y expresarlo sólo existe en períodos de reanudación revolucionaria y en períodos de declive de la revolución, cuando la revolución, sobre sus cadáveres amontonados, aún traza, con su sangre, el significado del momento y sus lecciones (por ejemplo, Marx al escribir *La guerra civil en Francia* y la *Crítica del programa de Gotha*, al final del movimiento). La teoría comunista, que es la de un movimiento que se dirige hacia el comunismo, es entonces una teoría de las condiciones históricas, de su desenlace *in facto*. Mientras tanto, es sólo su sombra irreal o, en el mejor de los casos, el movimiento de las olas antes de la tormenta. *Lo que permite comprender la revolución pasada, sacar lecciones de ella, teorizarla, es la reanudación actual.* Al igual que debemos partir del hombre para entender al mono, hemos de partir de la tormenta actual, en medio de sus extravíos y sus crímenes, para entender la tormenta pasada, que es en la que nos hemos hundido antes –y si no nosotros, nuestros hermanos anteriores– y de la que debemos salir. La teoría es, en efecto, profecía, pero también es *recreación del pasado*, comprensión esclarecedora y explicativa de nuestra historia en tanto significado del que nuestra práctica actual dota a la historia pasada.

b) *el predominio del trabajo teórico consistente en precisar y completar la formulación y definición del «programa» comunista*. Esta labor sólo puede ser dogmática, rígida y doctrinal. Es la teorización del objetivo final como entidad abstracta, pero permite su transcripción y sobre todo la *comprensión de su aspecto económico*. Este trabajo de clasificación y de afirmación del programa comunista puede adoptar el cariz de la constitución de un cuerpo de doctrina que presenta el comunismo como una oposición absoluta a la realidad y a los movimientos que la reivindican (la izquierda italiana, llamada bordiguista), con

especial énfasis en la definición de su *naturaleza* (supresión del trabajo asalariado, destrucción del intercambio y del valor, abolición de la producción mediante empresas), perdiendo al mismo tiempo de vista determinados aspectos de la misma, y *manteniendo posiciones integralmente contrarrevolucionarias sobre todo lo demás*. Puede adoptar el cariz de un intento de describir los *mecanismos económicos* que constituyen la transformación comunista de la sociedad, la destrucción del salariado y del intercambio, en el período de la dominación formal, cayendo rápidamente en la *construcción* de un sistema de recetas organizativas (izquierda holandesa, trabajo del GIK sobre la economía comunista). Por último, y cosa más rara, puede adoptar el cariz de una tentativa de *sistematizar el núcleo central de la teoría materialista*: dialéctica e historia, conciencia y práctica, marxismo y movimiento obrero, a riesgo de caer rápidamente en la investigación filosófica separada (por ejemplo, Karl Korsch).

c) *la visión y descripción de los «nuevos» fenómenos de la sociedad que aparecieron con el desarrollo del capital durante el ciclo contrarrevolucionario*. Esta práctica, consistente en poner de relieve los aspectos modernos de la sociedad, suele formar parte de la fundación de sistemas ideológicos basados enteramente sobre esos fenómenos, sin tratar de vincularlos al programa comunista ni comprenderlos en y desde la teoría del proletariado. Se trata, entre otras cosas, de la «liberación sexual», la «crítica del trabajo», el «juego», el «espectáculo», la «mercancía», etc. Estos grupos, en su mayoría, carecen de vínculos (o estos son muy remotos) con el asalto revolucionario anterior aplastado, y surgen íntegramente del período contrarrevolucionario (Socialisme ou Barbarie, o la Internacional Situacionista, por ejemplo). Son su expresión más fiel, pero de una forma ambigua; por una parte, divulgan toda la ideología, todo el modernismo y los falsos problemas ligados a la contrarrevolución; pero, por otra, *ponen violentamente de relieve* las nuevas condiciones de la revolución que se avecina y se toman la libertad de elaborar una violenta crítica de las teorías existentes hasta el momento, y lo hacen, evidentemente, des-

de el punto de vista de la contrarrevolución más moderna, la más próxima a la revolución. (Cabe señalar que, por ejemplo, durante todo el ciclo contrarrevolucionario que ahora termina, sólo los «consejistas» procedían directamente del movimiento revolucionario de los años veinte; hasta alrededor de 1930 los bordiguistas fueron una fracción extremista de la socialdemocracia de tipo bolchevique, que no había desempeñado más que un papel político contra los proletarios italianos durante el movimiento de ocupación de las fábricas.)

d) *la crítica de la sociedad contrarrevolucionaria*, es decir, sobre todo, la crítica de lo que unifica, expresa y simboliza a esta sociedad. Esta crítica de la *política* es el lazo común a casi todas las manifestaciones teóricas del comunismo en los períodos contrarrevolucionarios. Es una oposición frontal a la existencia misma en esta sociedad. En un momento en que el «movimiento obrero» es uno de los órganos del capital, bajo su forma estatal o privada, y en el que la *política* es el campo de actividad de las categorías sociales que regulan su posición en el seno de diversas alianzas tácticas, es imposible no realizar una crítica de la política y de lo que la rodea (parlamentarismo, idolatría del Estado, alianzas de clase, formación de organizaciones formales, etc.). Evidentemente, esa crítica será más o menos viva según los grupos y las épocas (la crítica de la política, encabezada por los anarquistas, fue mucho más fuerte entre 1875 y 1905 que la que encabezaron después de 1929 las «izquierdas», dada la diferencia de situación ligada a los dos períodos de reconstrucción «nacional» en cada país, etc.) y sobre todo *más o menos* consciente de ser antipolítica. No obstante, la fuerza de esta crítica *reside en su carácter profundamente comunista*, en la afirmación simplista de que la revolución es un proceso social y de que la miseria asalariada supone la separación de la comunidad humana, pero no de la vida política, de que el movimiento de clase del proletariado sólo puede ser la destrucción de la separación actividad productiva/actividad humana, y es afirmación del proyecto autónomo del proletariado, desde el propio interior de la dinámica del capital, pero contra él.

Si unos revolucionarios consiguen conservar los principios del comunismo cuando todo contribuye a su olvido, si lo hacen contra viento y marea, deformándolos y entregándolos a las siguientes generaciones, sin entregarles otra cosa *que* principios, *tejiendo de este modo el hilo del tiempo*, no hay que hacerse ilusiones. Aparte de que el hilo sea rojo –por el considerable número de sufrimientos, deserciones, suicidios y caídas en la locura padecidas para tejerlo, *lo que se corresponde con la tragedia del comunismo* (su imposible realización, su falta de base social real) *durante este período*– hay que darse cuenta de que los revolucionarios que así subsisten no se encarnaron por voluntad propia, sino que también fueron *producidos* por la historia. No hay contrarrevolución tan total que no tenga que luchar *continuamente* contra revueltas (sin porvenir), resistencias (a la racionalización del capital) y luchas proletarias (sin dirección orgánica). Además, algunas zonas geográficas experimentan el desarrollo del proceso revolucionario con retraso (caso de Nieuwenhuis y de Holanda) o, por el contrario, se adelantan a la reanudación, etc. *Incluso podría decirse que ese es el precio al que subsisten los revolucionarios. Realmente no existe escapatoria alguna.*

IV. El «marxismo» es una ideologización de la teoría formulada por el «*partido de Marx*». Él mismo participó en esta petrificación, sobre todo mediante sus tomas de posición y sus escritos *políticos*.

La contradicción de Marx fue describir la vida de un ser, el Capital, desde su nacimiento hasta su muerte, a la vez que vivía en una época en que este ser aún estaba poco desarrollado; de ahí la glorificación de la política cuando el «partido de Marx», convertido en «marxista», quiso plasmar su análisis de las relaciones de producción capitalista en la realidad inmediata y activa. La *política* es la actividad ineludible *ligada* al modo de dominación formal del valor, cuando no sólo existe el modo de producción capitalista, sino también zonas externas e internas que aún son precapitalistas. *Táctica. Democracia.* (cfr. *Le Voyou*, n° 1).

Existía una contradicción *terrible* entre las posibilidades prácticas del movimiento, que en aquel entonces era exclusivamente «obrero», y tenía tareas eminentemente «políticas» que cumplir (el establecimiento de la democracia burguesa en 1848, el establecimiento de la democracia popular directa en 1871, la generalización del salariado y del proletariado durante la IIª Internacional, y luego la dictadura del proletariado en 1919). Así pues, había contradicción entre todo esto y las conclusiones que Marx había sacado de su análisis del capitalismo y de su movimiento real, y que iban más allá de los límites de su época *precisa*, así como de la naturaleza *fundamentalmente comunista* de las luchas del proletariado entre 1848 y 1871, a pesar de sus límites. Lo que enunció Marx en el ámbito del programa y de la comprensión del movimiento real entre 1848 y 1871 fue una crítica *radical* de lo que éste fue capaz de *hacer* entre estos momentos y después, *e incluso en parte durante estos momentos*. Marx no pudo sino limitar *cualitativamente* la aportación de su obra teórica al movimiento inmediato. En cuanto a Engels, tras la muerte de Marx no hizo más que fracasar y desaparecer para el movimiento revolucionario.

> «Nada prueba *de forma más clara* el carácter revolucionario de las teorías de Marx que las dificultades por mantenerlas en períodos no revolucionarios… Un revolucionario se encuentra inevitablemente de vez en cuando "fuera de juego". Creer que siempre sea posible una praxis revolucionaria que se exprese a través de la acción autónoma de los trabajadores, significa recaer en las ilusiones democráticas. Pero es mucho más difícil mantenerse "fuera", ya que el cambio de situación es algo completamente imprevisible… también él se vio obligado a adaptarse a los cambios y que, persistiendo en su voluntad de acción en períodos no revolucionarios, debió actuar en contradicción a sus teorías… Al negarse a admitir la necesidad de un repliegue en los períodos de progreso del capitalismo, el marxismo podía intervenir sólo yendo contra su propia esencia, que teóricamente considera la

> lucha de clases revolucionaria como un fenómeno de cada momento. En realidad, la teoría de la lucha de clases permanente no posee mayor fundamento que la concepción burguesa del progreso permanente… Marx se encontraba frente a esta alternativa: o colocarse fuera del curso real de los acontecimientos y agarrarse por tanto a ideas radicales pero irrealizables, o participar dentro de la situación histórica del momento en las luchas reales, reservando para "tiempos mejores" la aplicación de las teorías revolucionarias. Esta última posibilidad fue muy pronto racionalizada con la fórmula del "justo equilibrio entre la teoría y la praxis"; al mismo tiempo, la derrota o la victoria del proletariado volvió a convertirse en una simple cuestión de "buena" o "mala" táctica, de organización adecuada o no a sus objetivos y de dirigentes capaces o incapaces.» (Paul Mattick: «Karl Kautsky: desde Marx hasta Hitler», en *Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y la crisis del movimiento obrero*)

Así pues, Marx y luego Engels fueron, a su pesar, los primeros burócratas e ideólogos del movimiento obrero. Sus escritos fundamentales (los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, los *Grundrisse*, la *Introducción general a la crítica de la economía política*, la *Crítica del programa de Gotha*, *El origen de la familia*, etc.) sólo han adquirido todo su sentido y veracidad ahora, porque sólo ahora el capitalismo descrito por Marx se ha realizado por completo y, por tanto, la cuestión que está a la orden del día es el comunismo, sin mediaciones ni fase de transición.

Las obras de Marx no podían servir sino a la formación ideológica de la burocracia socialista, constituida por intelectuales especializados en el manejo de la dialéctica y la economía –pero en tanto esferas separadas– así como de una fracción de la aristocracia obrera. La teoría «marxiana» no servía más que para demostrar la necesidad del capitalismo mediante el conocimiento de sus «leyes» y estructuras (cfr. actualmente Althusser) y, por tanto, para perpetuar las relaciones capitalistas bajo la dirección pastoril de jefecillos y gerifaltes políti-

cos y sindicales. La crítica de la economía política, de núcleo teórico de la praxis comunista del proletariado –en tanto estudio de las contradicciones que habrían de derribar el capitalismo– se convirtió en una ciencia de la economía, en una categoría científica burguesa. Este economismo tenía por fundamento la necesidad de comprender la economía capitalista para *defender* el trabajo asalariado contra el capital en el seno de la relación capitalista, es decir, para defender el desarrollo del capitalismo (Alemania) o para crear la acumulación del capital nacional (Rusia). *El «marxismo» se convirtió así en la teoría del capital variable, y siguió siéndolo.* Como tal, es uno de los buques insignia más sólidos de la contrarrevolución. También se convirtió en el discurso de la clase dominante del capitalismo del Este (URSS, China, Cuba, etc.) y en el discurso académico que tiende a dominar Occidente. *La teoría comunista se forma a través de la destrucción del marxismo, y sólo los apóstoles de la contrarrevolución pueden seguir agachándose sobre su cadáver ideológico, descompuesto por discursos más capitalistas aún.*

V. Durante el siglo XIX, los anarquistas tuvieron razón al afirmar que *no podía haber un Estado proletario*. También tuvieron razón al rechazar la *política*, mostrando y afirmando así la naturaleza específica de la revolución proletaria, que tendrá lugar a título humano y no político. Dijeron lo que Marx ya había escrito en 1844, pero que luego dejó de lado.

Sin embargo, sus declaraciones fueron ambiguas: *la ideología del trabajo* (asalariado) fue especialmente exacerbada entre ellos y al mismo tiempo, la política volvió a entrar por la «ventana». De hecho, lo justo de su concepción se redujo en aquel entonces a una sub-utopía humanista y religiosa que *expresaba la dominación formal del valor sobre el trabajo*, pues política y dominación formal del valor están vinculadas entre sí (cfr. *Négation* n° 1, «El proletariado como destructor del trabajo»).

El federalismo anarquista, concepción reaccionaria y regresiva históricamente, no tiene nada de comunista ni de *destructor del Estado*:

grupos de productores compitiendo entre sí en un *mercado* convertido en «justo» por la regularización del anti-Estado. *La comunidad humana será anárquica y centralizada a la vez*, y su fundamento será la *conciencia* del hombre social.

En este último aspecto (la crítica de la alienación), la contribución de los anarquistas fue *considerable*, incluso si en aquel entonces no podía tratarse más que de declaraciones *humanistas* que rozaban el misticismo y, por consiguiente, *mistificadoras*.

Tras haber servido entre 1875 y 1905 de punto de encuentro para los revolucionarios, la ideología anarquista, como todas las corrientes socialistas de la época, se desacreditó durante la Primera Guerra Mundial, y se topó con su *realidad* en la España de 1936, donde el *escándalo* no sólo fue la participación de los líderes de la CNT-FAI en el gobierno *republicano contrarrevolucionario* que fusiló a obreros (y asesinó a militantes críticos como Berneri), sino también el *motivo* de esa participación: las *colectivizaciones*, consideradas por ellos como la destrucción de las relaciones de producción capitalistas, cuando enseguida demostraron no ser otra cosa que su generalización potencial, pese a la prometedora premisa de la magnífica lucha del proletariado español y de los pequeños campesinos.

VI. En los períodos revolucionarios la teoría es unitaria; en los períodos contrarrevolucionarios se vuelve dispar y parcial. La teoría comunista sólo puede estar vinculada a la praxis social del movimiento proletario, y no es ni «marxista» ni «anarquista». Si Marx nos dejó *todas* (o casi todas) las bases de la teoría comunista, es inexcusable desconocer la importancia y la función del movimiento anarquista hasta 1905 (y en algunos casos, incluso después), su *contenido explosivo* (afirmación constante del objetivo final comunista, incluso cuando se realización era imposible, siquiera negativamente), vinculado a la aparición de la *conciencia proletaria* hasta el final del proceso capitalista. En un momento histórico en el que el proceso revolucionario de transformación comunista del mundo afirma, sin mediaciones ni

fases intermedias, la crítica de la política y del trabajo (asalariado), la creación de la «Gemeinwesen», es decir, de la comunidad humana, podemos y debemos reapropiarnos de la «Crítica de la Política» que el anarquismo hizo y el marxismo no. *He aquí un ejemplo de reapropiación de la teoría por el movimiento real.*

En un momento en el que el capital liquida la política gracias a la dominación real del valor, que se deshace de todas sus presuposiciones ideológicas, la crítica anarquista se reintegra en la teoría comunista, por así decirlo, *telescópicamente*.

En el momento en que la totalidad de la actividad social constituye el proceso propio del capital, en que el valor de uso se ha convertido en un simple soporte límite del movimiento del valor, en que todas las categorías sociales asumen una función para el Capital a cambio del salariado generalizado, «el capital ya no necesita muletas para moverse; se deshace de las viejas mediaciones ideológicas, como la ideología política, y en adelante puede *organizar* directamente la vida de la humanidad mediante la acción del valor.» En este momento, ya no existe para nosotros ninguna oposición entre la crítica de la política formulada por los anarquistas y la teoría materialista de la lucha proletaria formulada por Marx.

> «El proletariado ya no puede admitir ninguna mediación entre él y su revolución, y por tanto ningún partido que no sea su propio movimiento de ruptura con el capital, y de su propia destrucción. La autosupresión del proletariado realizará en un mismo movimiento la destrucción de los *rackets* políticos, que, frente a la reconstitución del proletariado, tendrán que unirse objetivamente en un solo movimiento: el de la contrarrevolución universal del Capital.
>
> El fin del Capital, será también el fin de la democracia, *el fin de la política* y de su contenido último: el espectáculo.» (*Le Voyou*, n° 1)

Notas

1 · Las posiciones de Marx sobre la Comuna en sus inicios se explican muy bien por su análisis *estratégico* de las luchas nacionales «progresistas», sobre todo en Alemania.

Para Marx, la guerra franco-prusiana fue una guerra *progresista* por parte del bando prusiano, porque no se libró contra el pueblo francés, sino contra el régimen *imperialista* francés de Napoleón III. Esta concepción de los hechos estaba incluida en una visión de la revolución social que pretendía ser global. De hecho, veía el epicentro de la contrarrevolución en la Rusia zarista feudal, aliada de la Inglaterra capitalista y de la Francia imperialista; esta contrarrevolución impedía el desarrollo de la unidad nacional alemana, y por tanto de la industrialización relacionada, y por eso mismo, del proletariado alemán. Para él, el proletariado alemán era el epicentro de la revolución social europea, y por tanto había que apoyar a la burguesía alemana en su misión histórica y, por eso mismo, en la guerra franco-prusiana, que además liberaría al proletariado francés del régimen bonapartista. Obviamente, esta teorización desembocará en la increíble idea contenida en esta carta a Engels:

> «A los franceses les hace falta una paliza. Si los prusianos salen victoriosos la centralización del poder del Estado será útil a la concentración de la clase obrera alemana. La preponderancia alemana, además, trasladaría el centro de gravedad del movimiento obrero en Europa Occidental de Francia a Alemania, y basta comparar los movimientos en ambos países desde 1866 para ver que la clase obrera alemana es superior a la francesa en teoría y en organización. Su predominio sobre los franceses en la escena mundial significaría también el predominio de nuestra teoría sobre la de Proudhon, etcétera.» (Marx a Engels, 20 de julio de 1870)

Obviamente, esta visión de las cosas, producida a su vez por la contrarrevolución aún inacabada, condujo a posiciones que se convertirían en las bases políticas de la doctrina socialdemócrata. La relación entre Marx y la socialdemocracia no es sólo negativa; también es positiva. Esta voluntad de globalizar a nivel universal (en el tiempo y el espacio) la progresión necesaria según las leyes de la evolución histórica y económica, del desarrollo de la lucha de clases y de sus resultados, a través de un período rico en situaciones particulares e importantes mediaciones históricas, lo llevó a tirarse de cabeza sobre estas mediaciones. Por supuesto, no es el individuo «Marx» el que está en cuestión aquí, sino la relación social.

Apoyar al capitalismo alemán para destruir al bonapartismo y lograr que el proletariado francés sea más libre para actuar, al mismo tiempo con vistas a crear las bases de un aumento de la proletarización en Alemania, etc., todos estos cálculos tácticos en nombre de la gran estrategia «científica» acabaron por sacrificar el movimiento real, el movimiento de la clase revolucionaria. Hay dos puntos claros:

1) *El epicentro de la revolución era sin duda el proletariado francés* que, durante la Comuna, apareció ante los ojos del mundo como el portador del contenido del movimiento histórico.

2) Esta actitud equivalía a apoyar a Bismarck en Alemania y a desarmar a los proletarios alemanes en nombre de la revolución nacional burguesa necesaria para su lucha futura, *cuando su lucha existía ya*. Cuando Dangeville, en su *Marx/Engels, Escritos Militares*, trata de justificar esto con una gimnasia pseudodialéctica, revela sus segundas intenciones teleológicas: «En efecto, los obreros franceses fueron incapaces de derrocar a su propia burguesía (y fue Bismarck quien lo hizo)», porque, *y sobre esto no hay sombra de duda*, fue Bismarck quien resucitó a la burguesía francesa, llevando a Thiers y Versalles, sus verdaderos representantes, al poder. La manera de querer justificar a toda costa las posiciones tácticas de los maestros, manía morbosa y ridícula entre los bordiguistas, llega aquí a su punto culminante: la fabricación de una historia irreal, que obra en pro de la buena cau-

sa de la historia ideológica del programa… «invariante». Esta broma pesada de Marx y Engels, reanudada por Dangeville, encuentra su verdadera culminación en la socialdemocracia. He aquí algunas de las principales líneas que la relacionan con Bernstein y demás: -las sutilezas metafísicas entre las guerras defensivas y ofensivas (ya sabemos qué camino seguirán); -el apoyo a Bismarck de una manera no muy diferente a la de Lassalle: «En estas condiciones, sólo por esta razón, magnificar el antibismarckismo al punto de transformarlo en el único principio conductor, sería absurdo. En primer lugar, hasta ahora –como en 1866– Bismarck *está haciendo parte de nuestro trabajo*, a su manera, por supuesto, pero lo hace igualmente. Nos está despejando el terreno mejor que antes.» (Engels, carta a Marx, 15 de agosto de 1870); -la participación en el esfuerzo bélico y el llamamiento a la consolidación de un ejército nacional contra el principio de las milicias obreras, todo ello combinado con la exigencia de una severa represión policial del Estado prusiano de todos los trabajadores y pequeños agricultores que huyan del servicio militar (véase el abyecto texto de Engels: *La cuestión militar prusiana y el Partido Obrero Alemán*, 1865); y podríamos continuar la lista demostrando que Marx y Engels estaban fundando la socialdemocracia por adelantado.

No se trata, sin embargo, de lanzar la pelota a estos dos señores como en una feria, sino de ver hasta qué punto Marx y Engels concibieron toda esta línea de posiciones tácticas como *necesidades del momento*. Aunque su análisis fuera *absolutamente falso*, remitía a una visión comunista del movimiento del proletariado; se explicaba muy bien por las cegadoras mediaciones de la época, mientras que los socialdemócratas y sus sucesores «socialistas» o «estalinistas» reanudarán todo este análisis desvinculado de su contexto, como absoluto, como eterno y como válido por los siglos de los siglos («El Ejército de Valmy»). Marx era un materialista y podía estar equivocado, porque estaba materialmente limitado por la época, pero estos histriones y políticos sólo aplican *ad aeternam* principios llamados «marxistas» a la solución de problemas materiales, lo cual es muy diferente. Si Marx llamó a apo-

yar a Bismarck, era de manera provisional, etc. Esta discusión –que, por desgracia, aún no ha sido abordado por el movimiento actual– se puede concluir provisionalmente *aquí* con dos hechos:

1) Marx rectificó su juicio sobre la Comuna, Alemania y la socialdemocracia, y Rusia (cfr. la correspondencia con Vera Zasúlich), y lo rectificó de una manera que *no deja lugar a dudas*.

2) Si prefirió el potente desarrollo de la industria alemana a su estancamiento, fue porque cuanto más se desarrolla una economía, más se agudizan las contradicciones, produciendo al final las profundas crisis necesarias para la revolución; no era, por tanto, porque creyera en un desarrollo armonioso del proceso social, como sus discípulos alemanes, sino porque la teoría del proletariado sólo puede ser *catastrofista*; precisamente por el motivo contrario.

Las posiciones de Marx sobre la guerra franco-prusiana y el estallido de la Comuna, que sólo pueden ser tratadas brevemente aquí, son de capital importancia para la comprensión del movimiento histórico actual (cuestión militar, cuestión nacional, etc.), pero este trabajo sólo ha sido realizado por «discípulos ortodoxos» o detractores sin inteligencia ni necesidad de ella, ya que su situación real no la requería. Pensamos que, en particular, la comparación con los escritos de Bakunin de la misma época (*Cartas a un francés*, *El Imperio Knuto-Germánico*) y su enfrentamiento real, nos permitiría ver un poco más claro y, al mismo tiempo, pondría de manifiesto a la Iª Internacional en su aspecto de vínculo orgánico entre las diferentes fases de desarrollo del proletariado, así como la relación dialéctica entre este aspecto y la totalidad del movimiento de la lucha de clases en 1870-1871, una totalidad que Marx y Bakunin, fijados en fases específicas del proceso social, sólo comprendieron a posteriori. Los escritos de Bakunin son indispensables para el análisis de este momento histórico decisivo: la Guerra franco-prusiana, en la que el ruso utiliza los mismos argumentos que Marx, pero para defender el lado francés (llamada al ejército popular, etc.), a la vez que despreciaba, como Marx, la supuesta incapacidad del proletariado francés

para deshacerse de su burguesía, pero considerándolo no obstante como el epicentro de la revolución europea y adoptando una visión igualmente correcta sobre Bismarck y Alemania.

2· La noche del 14 de septiembre de 1870, Mikhail Bakunin salió de Ginebra hacia Lyon. Allí, quiere intentar realizar su programa, conclusión de sus *Cartas a un francés*, y declara que puede salvar a Francia mediante la anarquía y la revuelta en las provincias, «*rompiendo la máquina gubernamental*» (esta fue la importante lección de la derrota de la Comuna, aunque ésta no pudo sacarla durante su propia existencia, aislada como estaba de las provincias, donde los levantamientos fueron escasos o inmediatamente reprimidos).

El 4 de septiembre se instaló un *Comité de Salut Public* en el Hôtel de Ville, pero fue sustituido el día 15 por un Consejo Municipal electo de tendencias moderadas. El 17 y 18 de septiembre, durante las reuniones públicas, a instancias del revolucionario ruso, se crea un *Comité de Salut de la France*. El 25, Bakunin y sus amigos redactaron e imprimieron un gran cartel que era un llamado a la insurrección y que proclamó, de buenas a primeras: -la abolición de la máquina administrativa y el gobierno del Estado; -la justicia popular; -la suspensión de impuestos e hipotecas; -la toma de poder en cada comuna por un Comité de Salvación; -la formación, en Lyon, de una *Convención revolucionaria de Salvación de Francia*, compuesta por delegados de los Comités de Departamentos. El cartel terminaba con: «¡¡¡A las armas!!!». Los firmantes eran de Lyon y de la zona (entre otros, Albert Richard, Louis Palix y Blanc), de Marsella (Bastelica) y de Saint-Étienne (Dupin). El día 26 hubo una reunión pública en la que se leyó el texto del cartel. El 28, tras estallar la insurrección, Cluseret es aclamado general del ejército revolucionario, la Guardia Nacional es desarmada y el *Comité de Salut de la France* se instala en el Hôtel de Ville. Pero la falta de bases serias (unos pocos grupos de obreros armados) y la indecisión entre los insurgentes, dirigidos por un general de opereta (Cluseret, que, como es sabido, se hizo notar

aún más en París), llevaron a la mayor parte de los compañeros de Bakunin a huir, y el Consejo Municipal a reubicarse inmediatamente. Bakunin, detenido durante unos instantes y luego liberado por su amigo Ozaroff, se vio obligado a marcharse a Marsella.

Esta calaverada de Bakunin quien, para ponerla en práctica, cooperó con radicales y pequeño-burgueses-charlatanes, o simplemente traidores (algunos de ellos resultaron ser agentes de Napoleón III), permitió a Marx hacer aire caliente con demasiada facilidad, pues todo esto era voluntarista, golpista y «comitard» (los Comités de Salvación, una concepción particularmente *burocrática* de la insurrección revolucionaria); fue, al mismo tiempo un intento sincero de evitar el aislamiento de París, un intento práctico de adelantarse a Thiers y a su burguesía, unido a una profunda angustia ante la situación crucial del proletariado francés. Esta tentativa no era tan absurda, y su fracaso inmediato supuso un fracaso más profundo: el inevitable fracaso de la Comuna de París. Al mismo tiempo que Marx aconsejaba a la clase obrera francesa *de forma más que ambigua y poco realista*, hubo gente que intentó, con sus medios y su energía, extender la insurrección a toda Francia. Pero donde Marx pone de relieve la importancia del problema, fue en la pretensión de querer abolir el Estado por decreto, pretensión que Bakunin tuvo en su momento y que contenía toda la ambigüedad y la a-historicidad de la ideología anarquista:

> «El 28 de septiembre, el día de su llegada, el pueblo había tomado el Hôtel de Ville [ayuntamiento, N. del t.]. Bakunin se instaló allí: entonces llegó el momento crítico, el momento esperado durante muchos años, cuando Bakunin pudo realizar el acto más revolucionario que el mundo había visto jamás: proclamó *la abolición del Estado*. Pero el Estado, en la forma y especie de dos compañías de guardias nacionales burgueses, entraron por una puerta que se había olvidado de vigilar, barrió la habitación y apresuró a Bakunin a volver a Ginebra.» (Karl Marx, *La Alianza de la Democracia Socialista y la AIT*, 1873)

3 · *Paul Brousse* (1843-1912) era en aquel entonces el jefe del posibilismo francés. Típico representante del arribismo político obrero, de la tendencia política a reducir las luchas proletarias al economicismo, de las reformas «prácticas», del rechazo indignado de toda teoría, lo que une las distintas partes de la vida de Brousse es el antimarxismo, en toda su estrechez de miras y su carácter reaccionario, no su polo de crítica radical como en el caso de Malatesta o Nieuwenhuis, etc. Paul Brousse o «de la bomba a las municipales».

De hecho, en un principio Paul Brousse fue anarquista, e incluso uno de sus hombres activos entre 1872 y 1878. Junto con Alerini y Camet, fue el fundador, en la primavera de 1873, del *Comité de Propagande révolutionnaire socialiste de la France méridionale*, con sede en Barcelona, donde publicaban el periódico anarquista *La Solidarité Révolutionnaire*, redactado en gran parte por él mismo e introducido y difundido clandestinamente en Francia. A continuación, se dirigió a Suiza para unirse a los antiautoritarios tras pasar por Lyon durante varios meses, tiempo durante el cual entró en contacto con el importante grupo revolucionario de la Croix-Rousse, que habría de desempeñar un papel importantísimo en la reaparición fugaz de tendencias subversivas en el seno del movimiento proletario francés. Participó, en 1878, en el Ier Congreso de la AIT antiautoritaria, como delegado de una sección francesa y de la Federación Española, tras lo cual organizó el encuentro entre Bakunin, Alerini, Pindy y los españoles Farga y Viñas en Berna. Desempeñó un papel destacado en la Suiza francófona, y formó parte del equipo que redactó el *Bulletin de la Fédération Jurassienne*. Creó una sección en Berna y también ayudó a crear una sección en lengua alemana, que tuvo como periódico el *Arbeiter Zeitung* (1876-1877), punto de partida del movimiento anarquista revolucionario alemán. También fue uno de los miembros de la Federación Francesa creada por Pindy, así como de su Comisión de Administración (junto a Pindy, Alerini, Dumartheray y Montels); en junio de 1877, con la ayuda de Kropotkin, fundó el periódico de la Federación, *L'Avant-Garde*, distribuido clandes-

tinamente en Francia; por último, también redactó el manifiesto abstencionista de octubre de 1877. Al mismo tiempo que desplegaba toda esta actividad, Brousse formó parte de la pequeña «comunidad revolucionaria» reunida más o menos secretamente en torno a Kropotkin, y que disponía de contactos internacionales paralelos a la organización de la AIT. Por otro lado, en febrero de 1877 fue el representante, junto a Costa, del ala más extremista del movimiento que –contra el consejo de los «moderados» agrupados en torno a James Guillaume– organizó una manifestación callejera en Berna que acarreó graves disturbios, y que a él lo llevó a la cárcel y al destierro; pero, por encima de todo, fue uno de los que profesó abiertamente la necesidad de la «*propaganda por el hecho*»: con Costa, dio varias conferencias e hizo declaraciones abogando por la bomba y la dinamita. Y esa misma *impaciencia* por lograr algo, por no esperar a la revolución, le condujo al camino del reformismo, *nacido de esa misma impaciencia*, ya que las reformas se obtienen «mientras se espera», «a falta de algo mejor». La izquierda italiana siempre vio la importancia de esta relación al afirmar que *la impaciencia es la fuente del oportunismo*. Y la misma impaciencia que condujo a Brousse al reformismo, lo llevó allí muy rápidamente, dado que, en 1878, en el Congreso de la Federación del Jura, propuso participar en las elecciones municipales y apoyar la candidatura de Blanqui. La voluntad de forzar la historia mediante bombas o golpes de Estado tiene las mismas raíces que la de querer arrancarle siquiera unas nimiedades que no dejan de ser los inicios de la gran revolución. Expulsado de Suiza en 1879, Brousse volvió al redil, uniéndose a Guesde y sus amigos.

4· En 1889, la minoría de la oposición de izquierdas, dirigida por Gerson Trier y Nicolaï Petersen y que publicaba el semanario *Arbedjeren* («El Trabajador»), fue expulsada del partido por sólo 2.700 votos de 40.000, a instancias del Comité Ejecutivo del *Partido Socialdemócrata Danés*, tras diversas maniobras burocráticas, la manipulación de los votos y violentas polémicas que a menudo tendieron a per-

sonalizar el conflicto a fin de poner coto a su importancia real y sus bases teóricas. En este asunto, Engels, pese a ser amigo personal de Trier y a estar de acuerdo con ellos, dio su bendición papal a la exclusión, favoreciendo así, una vez más, la evolución franca y clara de la IIª Internacional hacia un organismo burgués puro y duro, más reformista aún.

Para darse cuenta de que, en este caso, como en los de Holanda y Suecia, no se trató de un fenómeno accidental ligado a alguna «falta» o desacuerdo «táctico» entre diferentes fracciones, sino de un fenómeno general en un área geográfica determinada (la IIª Internacional en los países anglosajones-nórdicos), merece la pena retroceder en el tiempo y repasar brevemente la historia del movimiento social en Dinamarca hasta 1889.

En 1871, existía una sección de la IIª Internacional, principalmente en Copenhague, cuya dirección, hecho notable, estaba en manos de obreros y proletarios intelectuales, y no de pequeños o medianos burgueses, como en Alemania (médicos, profesores, etc.). Tenían un periódico, *Socialisten*, dirigido por Harald Brix, diario desde abril de 1872, e incautado varias veces por la censura y la policía, por lo que a veces se publicaba en el extranjero, como en Hamburgo o Malmö (Suecia); dicho periódico reunía a su alrededor a toda la fracción activa del proletariado danés, e intervenía en las huelgas, a menudo violentas, que casi siempre desembocaban en enfrentamientos físicos con la policía.

Este proceso culminó el 5 de mayo de 1872. Ese día, los albañiles estaban en huelga, y *Socialisten* había convocado a todos los obreros de Copenhague a un mitin grande y decisivo. Como el mitin fue obviamente prohibido por el gobierno, la policía irrumpió en la plaza pública donde se iba a celebrar la reunión y la ocupó. Se produjo un choque muy violento y fueron detenidos varios dirigentes: Louis Piot, Pau Gellef y Harald Brix, entre otros. Fueron condenados a varios años de trabajos forzados por los cargos de incitación al asesinato y al pillaje (¡ya entonces! …). Pese a ello el movimien-

to creció y se profundizó de todos modos, y en agosto de 1873, la *Asociación Obrera* fue prohibida y disuelta por el gobierno. *Fue entonces cuando se fundó el Partido Socialdemócrata y las cosas empezaron a ir cuesta abajo.*

1870-1873 fue una crisis económica y político-militar importante en Europa, que permitió al proletariado industrial intervenir en todas partes, pero sobre todo en París, y que condujo al asalto revolucionario y a la Comuna. Tras la derrota de la clase obrera francesa, la contrarrevolución pudo restablecer el orden a través de todos los Estados, convertidos en armas antiproletarias con antelación a cualquier otra función.

Este ciclo de contrarrevolución duró unos cuarenta y cinco años, y estuvo caracterizado principalmente por el ascenso de la socialdemocracia de forma casi totalitaria. Todo aquello que, desde dentro del movimiento socialista, tendía teóricamente hacia el comunismo, fue laboriosa y sistemáticamente eliminado y/o mantenido al margen del movimiento obrero, cuyo monopolio político completo lo tenían los socialdemócratas; D-M-D' pudo bailar el vals impunemente: dentro de esta ecuación, el ' compraba el derecho a la existencia democrática del proletariado. Este esquema no puede ser más *indiscutible* si seguimos la peregrinación danesa en todas sus vicisitudes.

En agosto de 1877, Piot y Geleff huyeron con la caja a Chicago, Estados Unidos, lo que no estuvo tan mal. Debido a ello, *Socialisten* apareció de forma cada vez más irregular, y el escándalo llegó al movimiento socialista. La indignación moral es general y generosamente de rigor ante esto, pero el rigor crítico no tiene nada que ver con la moral. ¿Por qué huirían con la caja –y esta es la verdadera pregunta, que comporta su propia respuesta– dos revolucionarios como Piot y Geleff, que habían dado lo mejor (y lo peor) de sus vidas al movimiento, que se habían arriesgado a ir a la cárcel y fueron condenados a trabajos forzados, y que habían representado a la corriente radical del proletariado danés en sus años de lucha más intensos *de no ser porque el movimiento ya no fuese revolucionario, sino contrarrevoluciona-*

rio, y porque ellos no tenían ya nada que hacer en él? Harald Brix, por su parte, estuvo domiciliado en una prisión danesa por agitación revolucionaria, y murió en 1881. Esto dio vía libre a los políticos.

A finales de 1877 se celebró en Dinamarca el primer Congreso Socialista. Adoptó el programa de fusión de Gotha, y representaba a 7.000 miembros, mientras que, en el momento álgido de la lucha, en 1872, la Asociación apenas contaba con 700 miembros, lo que demuestra la naturaleza *forzosamente* contrarrevolucionaria de semejante partido de 7.000 miembros en 1877, en pleno período de calma social, y en un país pequeño como Dinamarca. Basta con leer las mociones aprobadas para darse cuenta de hasta qué punto la tendencia revolucionaria había desaparecido para dar paso a la agitación «política» y «sindical». Los dos pilares eran el parlamentarismo y el sindicalismo. En 1884, el PSD se alió con la oposición burguesa para derrocar el ministerio de Estrup, lo que aumentó el número de miembros y su popularidad de forma impresionante: había obtenido su billete de ingreso oficial en la arena democrática. Y pasaremos el resto por alto.

En una circular interna para la preparación del Congreso de 1888, podía leerse:

«Es necesario hacer todos los esfuerzos que podamos para obtener reformas prácticas que tiendan a mejorar la suerte de la pequeña burguesía» y esto, encima, en una declaración pública: «A los labradores que posean tierras, el Estado debe proporcionarles el capital necesario a bajo coste.» Durante las elecciones municipales de 1888 en Copenhague, el PSD se declaró abiertamente representante de los intereses pequeñoburgueses, y propuso la conciliación entre obreros y pequeños burgueses. Aquí ya ni siquiera se trataba de alianzas de clase, de tácticas, ni de la palabrería habitual sobre estos temas, sino *francamente* de pasar al otro lado de la barricada social. Fue entonces cuando la minoría marxista antiparlamentaria se organizó en torno al periódico *Arbedjeren* para provocar la ruptura mencionada anteriormente. (A este respecto, cabe señalar que

desde el principio hubo una oposición agrupada en torno a Sophus Pihl.) Los excluidos, llamados erróneamente «anarquistas» por sus oponentes, fundaron el *Partido Socialista Revolucionario*, y mantuvieron la revista *Arbedjeren* como revista del partido. Su lucha fue triple: contra el Estado y la policía (Petersen pasaba temporadas en la cárcel con frecuencia), la patronal y la socialdemocracia. Se negaban, en sus propias palabras, a «hacer política», identificando la lucha política con la búsqueda de reformas burguesas a las que también se oponían. En agosto de 1890, en el Congreso Escandinavo de Christiana (102 delegados), se produjo un vivo debate entre socialdemócratas y socialistas revolucionarios, al reprochar estos últimos a los primeros su negativa a apoyar la lucha de los parados, rechazo ligado a la defensa de los intereses de los campesinos propietarios, los artesanos y los trabajadores acomodados, así como al sabotaje organizado de la lucha inmediata por la jornada de ocho horas. Por lo demás, el PSD acabó mal; después de haber obtenido 5 escaños en el Parlamento, se alió con los radicales burgueses y se convirtió en miembro europeo del «posibilismo».

Petersen fue encarcelado durante un año (1892-1893) por un artículo publicado en *Arbedjeren*, que llamaba a la insurrección y a la destrucción del Estado. Durante su encarcelamiento, otra tendencia, anarquizante, se hizo cargo de la redacción de *Arbedjeren* comenzó a reproducir artículos del *Der Sozialist* de Berlín, dirigido por Landauer; al cabo de un año, la revista tuvo que dejar de publicarse (todo ello según una carta de Petersen a Engels [8 de julio de 1893]). Para evitar tener que tomar posición entre Engels y «Die Jungen», Petersen sostiene que la oposición danesa es una oposición de principio de táctica, mientras que entre la oposición alemana y la dirección de la socialdemocracia alemana sólo había «matices» (según un artículo de Petersen en *Arbedjeren*, 8 de noviembre de 1891). La ambigüedad era profunda, y en 1901 (entre otras cosas), la presión del liderazgo de la IIª Internacional (Bebel, los austriacos) hizo que la dirección de la socialdemocracia danesa anulara las exclusiones de 1889.

Fue durante este período 1889-1901 cuando el radicalismo de la izquierda de la IIª Internacional danesa llegó a su punto álgido, y Trier incluso se mostró positivo hacia el anarquismo en artículos publicados en 1894, en los que proclamaba que tenía mayor comunidad espiritual con Bakunin y Kropotkin que con el «socialdemocratismo». Hasta 1916, cuando Trier dejó la socialdemocracia en señal de protesta por su ministerialismo, la oposición se había manifestado *en el seno* de la socialdemocracia (1901-1916). Trier murió en 1918 expresando su simpatía por el nuevo *Partido Socialista Obrero* (más tarde Partido Comunista), al que no quiso afiliarse porque el partido seguía siendo parlamentario.

La tendencia anarquizante, que se había hecho con la redacción en 1892, estuvo muy poco articulada; y sólo durante la primera década de este siglo se puede ver una tendencia revolucionaria extra-marxista con el diario *La Revue Ouvrière Socialiste* (1908) de Chr. Christensen, discípulo de Trier y Petersen (Petersen también escribió en este diario de vez en cuando hasta 1915, cuando se volvió medio loco tras un intento de suicidio). Esta tendencia, que en 1905-1908 publicó un texto antiparlamentario de Herman Teistler que data de alrededor de 1890 y que lleva el título «Despertad», también fue la que importó a Dinamarca las ideas del «sindicalismo-revolucionario». En 1908, Chr. Christensen y otros fundaron la *Federación Sindicalista* y, en 1910, la *Unión de la Oposición Sindical*, cuya tendencia, alrededor de 1920, intentó unificarse con la izquierda comunista no anarcosindicalista (el texto principal de Christensen data de principios de 1921 y se titula «Moscú y el sindicalismo» –ese mismo año el zinovievismo unificador y antiescisionista destruyó este intento).

5 · En Suecia se desarrolló un movimiento de tipo intermedio entre el danés y el holandés, pero sobre bases mucho menos radicales y cuantitativamente inferiores. En particular, tras una fase terrorista, el eje obrero del movimiento degeneró más rápidamente que en otras partes y fue el inicio del movimiento anarcosindicalista sueco, que to-

davía existe hoy en día e incluso sigue siendo el último movimiento de este tipo con cierta importancia sindical tras la desaparición real de la CNT. El SAC es un ejemplo de lo que puede producir el desarrollo-límite del contenido sindicalista-revolucionario en la sociedad moderna: «apoliticismo», civismo social, pacifismo social, cogestión, apología de la democracia, apoyo al Estado del Bienestar, etc. Nettlau proporciona alguna información sobre el movimiento *Bergregen*.

6· *Jean-Louis Pindy* (o Pendy) (1840-1917). Carpintero que se unió en 1867 a la Internacional, de la que fundó la sección de Brest; el mismo año se marchó a vivir a París, donde muy pronto tomó parte activa en la vida de la AIT. Pindy era entonces miembro de la fracción proudhoniana dirigida por Tolain, que había votado contra la transformación del suelo en propiedad colectiva en el Congreso de Basilea (3er Congreso de la AIT) donde representó a la *Chambre syndicale des ouvriers menuisiers* de París. Después de ser encarcelado durante los juicios contra la AIT, Pindy se convirtió en uno de los representantes del proletariado revolucionario, y fue uno de los miembros activos del partido durante la agitación que precedió a la Comuna. Fue uno de los fundadores del *Comité Central des vingt arrondissements*; firmó el *Cartel Rojo* del 6 de enero 1871 que denunciaba la traición del gobierno del 4 de septiembre y proponía medidas radicales para llevar a cabo la guerra «popular», y que terminaba con: «¡Abran paso al pueblo! ¡Abran paso a la Comuna!»; participó al mismo tiempo en los trabajos del Consejo Federal de la AIT y en el comité editorial de la nueva revista de este último, *La Lutte à Outrance;* ingresó en la Guardia Nacional el 6 de septiembre de 1870 y se convirtió en miembro del Comité Central a principios de marzo de 1871; y el 18 de marzo fue uno de los que ocuparon el Ayuntamiento.

Durante la Comuna, de la que formó parte, fue miembro de la comisión militar y luego sucedió a Assi como gobernador del Ayun-

tamiento; el 15 de mayo, firmó la declaración de la «minoría», contra el Comité de Salut Public.

Tras lograr esconderse en París durante algún tiempo, se refugió en Suiza, donde se convirtió en contrastador de oro y plata. Fue muy activo durante mucho tiempo en la Fédération Jurassienne, especialmente como secretario-corresponsal del Comité Federal, y vivió en La-Chaux-de-Fonds, que era el centro del movimiento.

En 1872, creó, junto a Dumartheray, la Federación Francesa de la AIT, formada principalmente por comuneros que se habían refugiado en Suiza, y que intentó, a través de contactos con algunos individuos y grupos dispersos, especialmente en la zona Ródano-Alpes (Lyon, Saint-Étienne, etc.) y que existía de manera más o menos ilegal, renovar los hilos rotos por el aplastamiento de la Comuna. La Federación Francesa siguió siendo fantasmal durante mucho tiempo, pero gracias a la incesante labor de militantes como Camet, Gillet, Alerini, etc., que viajaban entre Barcelona, Suiza y Lyon-Saint-Étienne, logró reconstituir una fracción «revolucionaria» del proletariado francés: en el verano de 1877, con la ayuda de Kropotkin, Paul Brousse y Pindy publicaron el primer número de *L'Avant Garde*, periódico de la Federación Francesa cuyo campo de actuación era la propaganda en Francia, donde se distribuyó clandestinamente; un mes más tarde tuvo lugar el primer Congreso de la Federación Francesa, claramente anarquista y colectivista, cuyos organizadores fueron Montels y Brousse: el Congreso nombró una Comisión administrativa compuesta exclusivamente por proscritos, Alerini, Brousse, Dumartheray, Montels y Pindy.

En octubre de 1877, Pindy firmó el cartel-manifiesto redactado por Brousse en el que se pedía a los obreros que se abstuvieran; en respuesta a esta declaración, publicada en casi toda Francia, y a las calumnias de los radicales de Lyon, que querían utilizar a los obreros revolucionarios para salir de la crisis del 16 de mayo, le siguió otro que lo confirmaba, firmado por Jeallot, Ferré, Dumartheray, Alerini y Pindy.

Pindy fue el principal redactor y uno de los firmantes del informe presentado por la Federación Francesa de la AIT antiautoritaria

al segundo Congreso Nacional de Trabajadores celebrado en Lyon, que si bien fue ante todo una reunión de delegados sindicales y profesionales de lo más moderado y «apolítico», también fue el escenario de manifestación de una oposición «revolucionaria» entre una docena de delegados como Ballivet y Dupire, que por lo demás eran miembros de la AIT.

También participó en la vida de la Internacional antiautoritaria; fue delegado en el Congreso de Saint-Imier en 1872, como representante de varias secciones francesas junto a Montels, luego en el 6º Congreso de la AIT –de hecho, el 1er Congreso de la AIT antiautoritaria– celebrado en Ginebra, como representante del Comité Federal del Jura, y se convirtió después en uno de los líderes de la organización, participando en todos los congresos, hasta el último, celebrado en 1877.

En 1914, se mostró muy partidario de la «Unión Sagrada», como tantos otros (por ejemplo, su amigo Montels, que firmó el «Manifiesto de los Dieciséis») y terminó en olor de santidad patriótica, lo que, para un anarquista, no estaba tan mal.

7 · *Gustave Lefrançais* (1825-1901) sin duda fue uno de los más notables y característicos revolucionarios franceses de la segunda mitad del siglo pasado. Lefrançais, que vivió 1848, el exilio en Inglaterra, la preparación de la Comuna, la Primera Internacional y la Comuna, así como la Internacional Antiautoritaria en Suiza, etc., pasando por todo ello sin zozobrar nunca en los pantanos políticos que jalonaron ese itinerario.

«La vida es un viaje
por el invierno y por la noche
Buscamos nuestro camino
En un cielo en el que nada luce.»

(«Canción de los guardias suizos», utilizada por Céline como prólogo de su libro *Viaje al final de la noche*)

Lefrançais es un raro ejemplo de hombre que fue representante del movimiento comunista a través de dos contrarrevoluciones, y que siguió siéndolo *a pesar y en contra* de los tiempos que corrían.

Profesor laico, ateo y socialista, Lefrançais fue despedido en 1847 y se dedicó a escribir; tomó parte en la revolución de 1848; en 1849 participó en la *Association Fraternelle des Instituteurs, Institutrices et professeurs socialistes* y también participó en la redacción de su *Programme d'Enseignement*, lo que le valió ser enviado al correccional en abril de 1850 y ser sometido a arresto domiciliario en Dijon.

Consiguió marcharse a Londres en mayo de 1852; allí, vivió en la miseria y defendiéndose contra los rackets políticos en el exilio, que, por su parte, vivían bien; Lefrançais, aunque compartió esta situación con amigos como Joseph Déjacques, reflexionó, y después de un año y medio año en Londres, volvió a París convertido en un revolucionario comunista, que criticó el proudhonismo, el mutualismo y el blanquismo, y que entendió, sobre todo, que el proletariado no tiene nada que ver con los demócratas pequeñoburgueses o jacobinos a lo Ledru-Rollin. De 1853 a 1868, Lefrançais conoció a todos los opositores revolucionarios, y a los demás también.

Durante el período 1868-1871, lo que significa el auge del proceso revolucionario, la clase, todavía en su infancia, produjo a hombres como Pindy, Lefrançais, Leverdays, Vermorel, etc., que, sin ser «teóricos» ni «magos», la ilustraron acerca de su propio movimiento histórico. Lefrançais se convirtió rápidamente en uno de los oradores más populares en todas las reuniones públicas celebradas en el Vauxhall, en el Pré-aux-Clercs, en la Redoute, y a las que toda la franja realmente activa del proletariado se lanza en busca de sí misma; en ellas, Lefrançais será uno de los principales partidarios y defensores del comunismo, de la libre unión, etc. Fue miembro del comité de vigilancia del distrito IV, luego del Comité Central de los 20 arrondissements; solicitó medidas de emergencia, pero en vano. Tras pasar por la prisión de Mazas, consiguió ser elegido miembro

de la comuna, y luego del comité ejecutivo; perteneció a la «minoría» opuesta al Comité de Salut Public.

Refugiado en Ginebra, crea con Mâlon y Ostyn la *Section de propagande et action revolutionnaire de Genève*, de la que será la cabeza visible, y participa en el Congresos internacionales de la AIT antiautoritaria.

Colaboró con muchos de los periódicos «antiautoritarios» de la época hasta aproximadamente 1878; también publicó folletos (*République et Révolution*, *De l'attitude à prendre par le prolétariat en présence des partis politiques*, *De la dictature*, *etc.*), en los que intenta teorizar la lucha autónoma del proletariado y el rechazo de la política. Intenta que no se le asocie ni se le identifique con los anarquistas: no pertenece a ningún partido, a ninguna secta.

El «comunalismo», más allá del fourierismo que contiene, fue una tentativa de estudiar y comprender el contenido del movimiento proletario de la época por medio de la forma de «comuna» que tomó este movimiento, del mismo modo que el «consejismo» reducirá más tarde el movimiento a su forma de «consejo», tras la derrota, por supuesto.

Tras reorganizar la sección de Lausana y batirse en duelo con Veermeerch, Lefrançais regresa a París en 1887… al margen, pasará el resto de su vida… al margen, pero al margen de la política.

> «Muero cada vez más convencido de que las ideas sociales que he profesado toda mi vida y por las que he luchado tanto como he podido son justas y puras.
>
> Muero cada vez más convencido de que la sociedad en la que he vivido no es sino el más cínico y monstruoso de los bandidajes.
>
> Muero profesando el más profundo desprecio por todos los partidos políticos, incluidos los socialistas, al no haber considerado nunca a estos partidos más que como grupos de simplones dirigidos por sinvergüenzas ambiciosos, sin escrúpulos ni pudor.» (Testamento de Lefrançais)

«Vosotros, tontos, seguís siendo los hombres a los que más quiero.
Con vosotros, uno puede trabajar y seguir siendo uno mismo.»
(A Kropotkin)

8 · *Paraf-Javal* (1888-1942), anarquista-individualista muy ambiguo, es decir, a la vez muy interesante por ciertos lados (crítica del sindicalismo y de la política), pero por otros participó en todas las taras del género «comunas», «francmasonería», etc. Amigo del famoso «Libertad» (1875-1908), fundó en 1905, con este último y con otros conocidos anarquistas como Lorulot, el futuro dirigente de la Libre-Pensée, o Kibálchich (alias Víctor Serge), el periódico *L'Anarchie*. Este periódico representó en el movimiento anarquista la corriente individualista pura, y también el ilegalismo (influirá en Bonnot) y la *crítica de la vida social del capital*. El último número apareció en julio de 1914.

La producción de la ruptura (extracto)

François Danel

Del prefacio a *Rupture dans la théorie de la révolution. Textes 1965-1975*. Ed. Senonevero. Paris, 2003.

Grandes masas de gente entendieron intuitivamente [hacia fines de la década del 60, N. del e.] que el comunismo no era una nueva organización social ni un nuevo modo de producción, sino la producción de la inmediatez de las relaciones entre individuos singulares, la abolición sin transiciones del capital y de todas las clases, proletariado incluido. Ahora bien, antes de que se produjera una ruptura real en la teoría, la nueva práctica del proletariado tuvo que consumar el bloqueo del sistema de cuestiones del programatismo. La superación del programa, por tanto, pasó *primero* por una reafirmación de su versión radical original contra los límites de las revoluciones proletarias vencidas, fijados por la contrarrevolución victoriosa bajo la forma del bolchevismo y el reformismo socialdemócrata.

Esta reafirmación radical del programa es muy nítida en *Teoría revolucionaria y ciclos históricos*, donde Bériou expone una reconstrucción global de la lucha de clases bajo el capital. Para él, entre 1844 y 1848 Marx ya había sentado las bases de la teoría. La época de las revoluciones burguesas había terminado; a través de sus levantamientos en Manchester, Lyon y Silesia, el proletariado se afirma

en el escenario histórico. No está separado del Estado, del órgano que materializa la separación del individuo de su comunidad, sino de la vida misma. La revolución cuyo sujeto aspira a ser tiene por objetivo «recrear la comunidad humana». El trabajo teórico-práctico realizado por la Primera Internacional permitió tanto unificar sus diferentes capas y situaciones a escala europea como poner de manifiesto la división entre las fracciones reformista (lasalleana y proudhoniana) y revolucionaria (marxista y bakuninista). Sin embargo, todas estas fracciones convivieron en la misma organización hasta la guerra franco-alemana y la Comuna de París, sin que el conflicto ya palpable entre las dos fracciones radicales llegara a la escisión. Tras el aplastamiento de la Comuna y hasta la fundación de la socialdemocracia alemana, entre 1871 y 1875, Marx extrae al mismo tiempo las lecciones de la primera experiencia de un gobierno obrero revolucionario y las de todo el ciclo abierto por la primera y trágica afirmación autónoma del proletariado en junio de 1848: necesidad de una dictadura de la clase –todavía demasiado débil en la sociedad capitalista de su tiempo– como forma política de la transición socialista al comunismo; identidad del partido y de la clase y, por tanto, rechazo de principio de cualquier partido formal; destrucción del valor como objetivo final.

Bériou destaca dos puntos fundamentales: 1) la producción de la teoría comunista *dentro* del movimiento obrero, como autocomprensión del movimiento a través de la mediación de intelectuales que nunca habrían sido revolucionarios de no haber sido educados primero por las luchas obreras; 2) el significado histórico de la oposición entre el partido de Marx y el partido de Bakunin, el primero tendente a sacrificar el objetivo comunista a la necesaria secuencia histórica de mediaciones y el segundo a sacrificar la comprensión del desarrollo histórico de las luchas a la afirmación pura del objetivo comunista. Pero puesto que Bériou reduce la contradicción capital/proletariado a una simple oposición entre la esencia y su autoalienación, entre el ser humano-proletariado y el no-ser huma-

no-capital, no capta que es la afirmación del proletariado, en sus dos términos, anarquista y marxista, la que produce su propia imposibilidad. (Esta afirmación no debe entenderse como un modo de minimizar la importancia de su texto en la producción de la ruptura, sino como una crítica general a la problemática humanista de la autonegación del proletariado).

Para Bériou, el movimiento obrero fue el defensor del trabajo y, por tanto, el factor *activo* e incluso el *único* factor activo en la transición del capital a la dominación real. Bajo la presión de las reivindicaciones obreras de aumentos salariales y reducción de la jornada laboral, el capital tuvo que revolucionar el proceso de producción inmediato y adecuarlo a su valorización, pasando del modo absoluto de extracción de plusvalor al relativo, de la simple prolongación a la intensificación de la jornada laboral, y a integrar cada vez más la reproducción del proletariado dentro de su propio ciclo. Al mismo tiempo, se convirtió en el único modo de producción, destruyendo, mediante la colonización y la descolonización, los modos de producción precapitalistas.

La socialdemocracia es, pues, a través de la fundación de partidos nacionales primero y de la Segunda Internacional después, la expresión política del movimiento del capital y –de manera muy clara en Alemania– la constitución del proletariado en contra-sociedad alternativa, contra-sociedad cuya organización servirá al capital alemán para reconstruirse tras la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo, es la agente de una *ideologización* de la teoría de Marx que considera que la conciencia es externa al ser y lo determina, reduce la crítica de la economía política a su elaboración científica, la dialéctica materialista a una lógica formal que puede aplicarse a cualquier objeto, y sacrifica el objetivo final al movimiento. Sobre la base de esta ideologización socialdemócrata se construyó un poco más tarde la nueva ideología bolchevique, si bien Lenin, al contrario que Kautsky, pretende acelerar el movimiento de la historia.

Desde la escisión de la Primera Internacional hasta la Gran Guerra, el anarquismo fue, por el contrario, el refugio de todos aquellos que no aceptaban ni la integración del movimiento obrero en la reproducción dinámica del capital ni el sacrificio del objetivo final. Los anarco-comunistas atraen a las izquierdas de los partidos socialdemócratas (como los *Jungen* en Alemania) porque rechazan en bloque todas las mediaciones de la acción revolucionaria de clase: las políticas –el sindicalismo y el parlamentarismo– e incluso la mediación histórica del desarrollo del capital como generador de la necesidad de su abolición. La crítica anarquista de la política es sin duda limitada; a su rechazo del parlamentarismo le subyace la creencia en la democracia directa y a su rechazo del corporativismo sindical la apología de la acción económica. Pero al menos tiene el mérito de existir y permitir un reagrupamiento de los revolucionarios.

Lo que Bériou pierde de vista es el movimiento real del proletariado *dentro* del desarrollo del capital y, por tanto, la *unidad* conflictiva de la socialdemocracia y del anarquismo. Aunque no desaparezca con el paso del capital a la dominación real e incluso llegue a su apogeo en 1917-1921, la afirmación programática del proletariado tiene sus raíces en la dominación formal, en el ascenso y la organización masiva de la clase entre 1848 y 1914. Mientras el trabajo siga siendo el factor dominante del proceso inmediato de producción y su reproducción no esté integrada en el ciclo propio del capital, el proletariado puede y debe definirse como autónomo en el seno de la relación de explotación. Y seguirá haciéndolo durante la transición a la dominación real, hasta la Gran Guerra, en la medida en que la lenta puesta a punto de la «organización científica del trabajo» y la lenta capitalización de la agricultura no suprimen de golpe su capacidad de autoorganización en y a partir de la fábrica. Sin embargo, debido a que, en el seno de esta afirmación y a medida que él mismo es directamente asociado y recompuesto por la clase capitalista, su ascenso contradice su autoorganización y su tendencia a erigirse en clase dominante, produce, por un lado, las *mediaciones*

sindicales y políticas en las que la revolución se pierde y, por otro, la *ideología* radical de su autonomía invariante, en sus formas anarco-comunista y marxista revolucionaria. La socialdemocracia no es, pues, una corriente del movimiento obrero, sino la expresión concentrada de toda una época de la lucha de clases.

La perspectiva comunista se mantiene, desde luego, entre sus críticos: del lado anarquista, en los reiterados pronunciamientos de Malatesta a favor de la abolición del valor, y del lado «marxista», en la definición de la fase *superior* de la nueva sociedad como el reino de la abundancia y la libertad en la *Crítica del programa de Gotha*. No obstante, se trata precisamente de una mera *perspectiva*. Y Marx no se priva de recordarnos que, mientras aguardamos esta mirífica realización del programa, hemos de seguir distinguiendo la actividad social productiva de la actividad reproductiva individual, el trabajo obligatorio de la simple manifestación de sí, y hemos de seguir midiendo el valor de los productos por el tiempo de trabajo social medio. La imposibilidad de la abolición *inmediata* del valor *se expresa* entonces bajo la forma de la escisión entre marxistas y anarquistas, se desarrolla como ascenso del proletariado, que implica su integración a través de sus huelgas, disturbios y conquistas sociales, y corresponde sólo a la época *posterior* entender y decir que era imposible.

Después de haber expuesto el paso del capital a la dominación real, Bériou no analiza realmente esta segunda y última fase histórica del modo de producción capitalista, sino que presenta sus conclusiones. 1) El movimiento comunista nace y muere con el capital, lo que significa, por un lado, que no existe ningún movimiento portador de la comunización del mundo antes de la instauración del capitalismo y, por otro, que no existe transición socialista al comunismo, que el comunismo es la abolición inmediata de las relaciones de producción capitalistas. 2) Los momentos de reanudación revolucionaria (1905, 1917, 1968) son momentos de reanudación teórica: la reaparición del movimiento práctico permite acabar con la abstracción de la meta y la teoría comunista vuelve a desarrollarse como teo-

ría del movimiento real. 3) El anarquismo fue la ideologización del rechazo proletario de la política, al igual que el marxismo socialdemócrata o bolchevique fue la ideologización de la teoría de Marx. 4) Con la liquidación de la política por parte del capital cuando accede al dominio real sobre la sociedad, la crítica anarquista de la política puede ser integrada en la teoría comunista: la autonegación del proletariado será al mismo tiempo la destrucción de todos los *rackets* políticos, unidos en la contrarrevolución capitalista.

Con este texto tenemos una visión de conjunto coherente del «viejo movimiento obrero» desde la perspectiva de la autonegación del proletariado.

Índice

Prólogo *07*

Teoría revolucionaria y ciclos históricos

A. 1848-1871 *21*

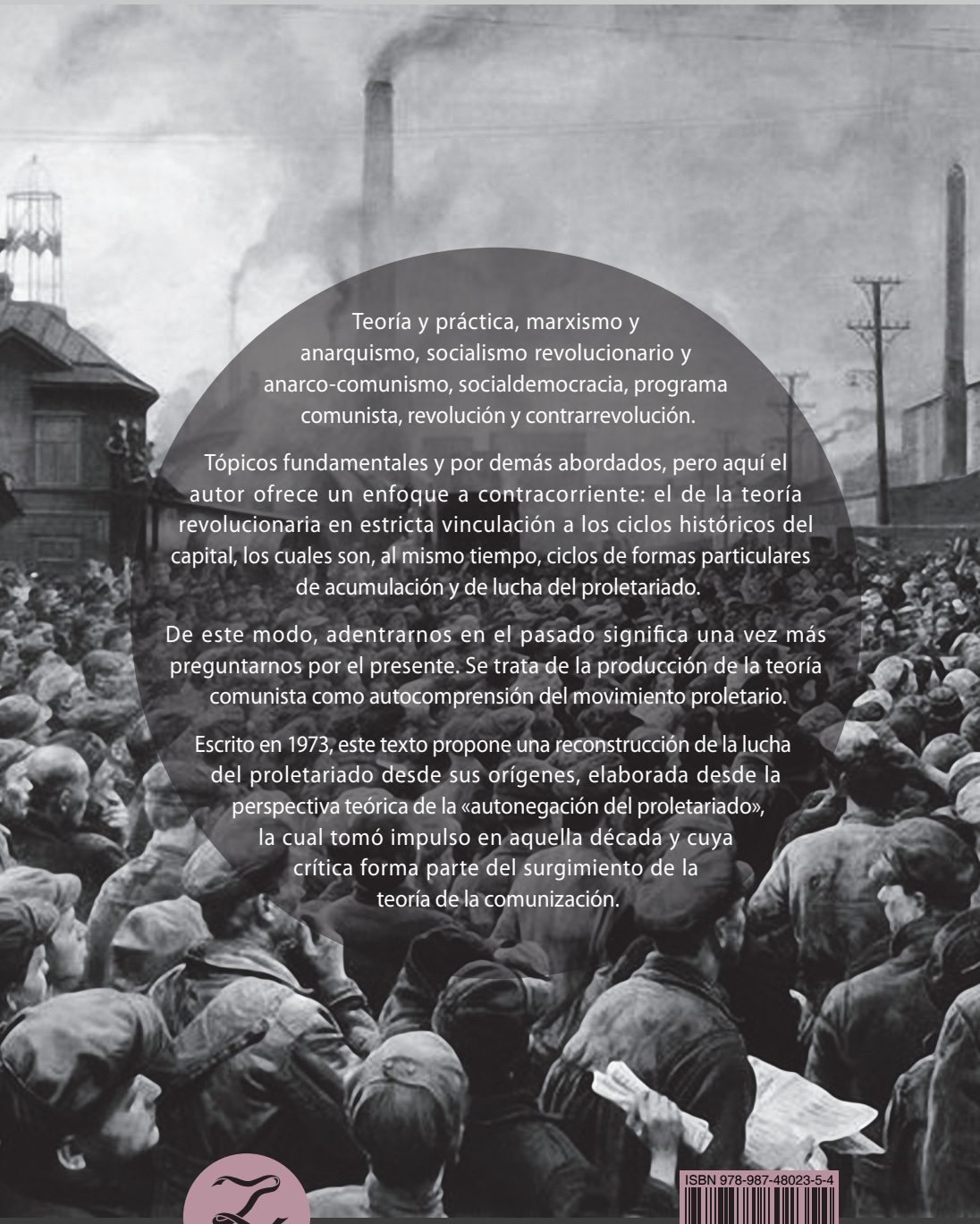
B. Socialdemocracia y movimiento del Capital *33*

C. Anarquismo y movimiento comunista *42*

D. Teoría revolucionaria y ciclos históricos *63*

Notas *78*

***La producción de la ruptura* (*extracto*)** *97*



Teoría y práctica, marxismo y anarquismo, socialismo revolucionario y anarco-comunismo, socialdemocracia, programa comunista, revolución y contrarrevolución.

Tópicos fundamentales y por demás abordados, pero aquí el autor ofrece un enfoque a contracorriente: el de la teoría revolucionaria en estricta vinculación a los ciclos históricos del capital, los cuales son, al mismo tiempo, ciclos de formas particulares de acumulación y de lucha del proletariado.

De este modo, adentrarnos en el pasado significa una vez más preguntarnos por el presente. Se trata de la producción de la teoría comunista como autocomprensión del movimiento proletario.

Escrito en 1973, este texto propone una reconstrucción de la lucha del proletariado desde sus orígenes, elaborada desde la perspectiva teórica de la «autonegación del proletariado», la cual tomó impulso en aquella década y cuya crítica forma parte del surgimiento de la teoría de la comunización.

ISBN 978-987-48023-5-4

ediciones